BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA HUELLA

Lou Carrigan

NUBARRONES DE MUERTE



COLECCION
LA HUELLA

eb

LOU CARRIGAN

NUBARRONES DE MUERTE

Colección LA HUELLA n.° 138
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 16.794 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El rótulo luminoso, en color ámbar, indicaba: La Cravache D'Or.

Un rótulo no muy grande, más bien discreto; una flecha intermitente indicaba la entrada, pequeña pero lujosa, del *cabaret*, uno de los mejores de Ginebra.

Un portero con galones acababa de abrir la puerta, para dar salida, ya pasada la medianoche, a un cliente: un tipo de tez cetrina, que adquiría un extraño tono al recibir en la piel el intermitente dorado de la flecha. Un hombre de cabeza redonda, nariz algo afilada, ojos negros y grandes, boca sensual. Un hombre elegante, vestido con esmoquin.

—Buenas noches, *nabab* —saludó, respetuoso, el portero.

—*Au revoir*, Claude —replicó displicente el nabab.

Un saludo algo pastoso, con voz algo lenta, pesada. Era inusual que el *nabab* abandonase el *cabaret* tan temprano. Y solo. Por lo general lo hacía mucho más tarde, y en compañía grata; se entiende por grata una mujer con alicientes a la vista, que luego el *nabab* comprobaba por medios más directos.

Pero aquella noche, no. Aquella noche salía solo, cargado de coñac, demasiado rígido, lo cual trataba de disimular una borrachera regular. No había habido propina para el portero, quien, ruin, se dijo que lo del título de *nabab* no era más que una patraña, y que no volvería a repetirlo… Además, al tal *nabab* le iban las cosas mal, saltaba a la vista.

Así funcionaba la mente del portero, quien veía alejarse al *nabab*, hasta que éste tomó la primera esquina, dejando rue des Voisins, para acercarse a Quai du Soujet, un bonito paseo por la orilla del Rhóne, antes de que este río se vuelque en el lago de

Ginebra.

Un paseo encantador, en una noche de dulce otoño, en la que el nabab oía sus propios pasos mientras meditaba intensa y amargamente sobre su presente y su futuro, negros como las aguas del río; éstas, por lo menos, tenían algunos alegres reflejos.

El portero, con su simplista filosofía, había dado en el clavo: el *nabab* era un náufrago en lo económico. Un náufrago en grave peligro, además, puesto que no sólo tenía las arcas vacías, sino que poseía ya una larga y alarmante lista de deudas.

Kabir Ratsumara, *nabab* de Armujan, título por otra parte totalmente honorífico, era un hombre infeliz.

Un hombre que cuando llegó al puente de la Coulouvreniére, se acodó en la balaustrada, contemplando las aguas con gran melancolía. Se encontraba a solas; no solía transitar gente a aquellas horas. De todos modos, no se alteró lo más mínimo al oír pasos por el puente.

—¿Kabir Ratsumara? —Oyó, de pronto, a su izquierda, y muy cerca de él.

Giró, con rostro impasible. Veía bien a aquellos dos hombres que estaban ante él; dos tipos completamente vulgares.

—*Nabab* de Armujan —dijo, sin matiz especial en la voz, el hindú—. ¿Desean algo?

—Nada nos complacería tanto como ayudarle a resolver sus problemas, *nabab*. Para ello, sólo tiene que acompañarnos.

—No se molesten por mí, gracias.

—Le aseguro que no es molestia, *nabab*. Alguien tiene mucho interés por verle feliz, libre de preocupaciones. Nosotros secundamos la idea, y tenemos gran interés en ponerla en práctica. Tenemos el auto en el estacionamiento del puente.

—Yo he preferido pasear. Ni siquiera coincidimos en gustos. Buenas noches, caballeros.

El tipo que hablaba no se alteró.

—Permítame insistir, *nabab* —dijo—. Le estoy proponiendo una cita, con el doble aliciente de resolver sus problemas y hallarse frente a una mujer muy hermosa… ¿Busca cigarrillos?

En efecto, el *nabab*, un poco molesto, buscaba con torpeza sus cigarrillos. No respondió, pero el que le sugería la cita miró a su compañero y dijo:

—Invita al *nabab*, Michel.

—Sí, con muchísimo gusto.

El hindú aceptó cigarrillo y fuego. Pareció aclarar un poco sus ideas, e inquirió:

—¿Quién es esa mujer? Si lo que pretenden es conducirme a una vulgar cita, pierden el tiempo. Carezco de dinero para…

—Sabemos eso muy bien. Tampoco nos dedicamos a buscar citas para chicas menores. Ella es mayor de edad, y se llama Gora.

—¿Gora? ¿Es hindú?

—Lo es, en efecto. Quizá eso suponga para usted el tercer aliciente, *nabab*. Por otra parte, tratamos de ser lo más amables posible. Nos decepcionaría muchísimo una nueva negativa por su parte. Le hemos estado siguiendo desde que salió del *cabaret*, y creemos que le hemos abordado en un lugar muy discreto. Usted tiene todas las ventajas en la cita, puesto que sólo tendrá que escuchar.

Kabir Ratsumara acabó encogiéndose de hombros.

Claude, el que había hablado, hizo un gesto, mostrando el camino al *nabab*, que caminó entre Michel y Claude hacia el lugar donde tenían el auto, un «Simca» 1300 negro, brillante. Sin comentarios, los tres hombres pasaron al vehículo. Michel lo puso en marcha, y condujo por el Quai, hasta el puente de Mont Blanc; de allí, a Quai General Guisan, y hacia el norte.

—Es cerca —dijo, de pronto, Claude—. En Haute-Rive.

—¿Quién hay allí, aparte de Gora? —inquirió el nabab.

—Nadie. Gora es una mujer muy discreta. Además, ciertos asuntos deben ser tratados muy confidencialmente.

Cruzaron el gran parque de Eaux-Vives, y tardaron ya sólo unos minutos en llegar a la Ribera Alta, en Cologny. Allí, en el número 118 de Chemin de Fort, estaba emplazado el bonito chalé con jardín, donde, según Claude, esperaba la bella mujer hindú llamada Gora que iba a resolver los problemas del *nabab*. Problemas que sólo podían resolverse por un medio: dinero.

El escepticismo del *nabab*, aumentó, cuando echó un vistazo al contorno del chalé, ya detenido el auto frente al garaje. No parecía gran cosa. El jardín poco cuidado, un surtidor seco, con muchas hojas de árbol en él y en la plataforma, una terraza más bien raquítica…

—Por favor, *nabab*…

Michel fue a encerrar el auto, y Kabir Ratsumara caminó junto a Claude. Penetraron en el chalé, que no causaba por dentro mejor impresión que por fuera. Un gran salón, eso sí, con hogar, pero sin vida; una decoración rutinaria, que hizo pensar al *nabab* que el chalé había sido alquilado a bajo precio, por sólo una temporada.

Había una puerta que daba al gran salón; bajo la puerta se filtraba la luz. Y caminaban hacia allí, cuando la tal puerta se abrió, enmarcando a Gora.

El *nabab* de Armujan clavó sus redondos y grandes ojos negros en la figura de Gora. Aquella gran túnica ceñida; el cabello negrísimo recogido en moño en la nuca, los labios rojos, jóvenes, tersos; rasgados los ojos negrísimos… La túnica, plateada, parecía una piel superpuesta a la natural de Gora; cada forma se vislumbraba, cada contorno, cada detalle de aquella exquisita figura.

Ella sonrió, cuando el nabab se detuvo frente a la entrada de la estancia, a un metro de ella.

—Por favor, *nabab* —señaló el interior del salón la bellísima mujer.

Kabir entró en la estancia, que era una biblioteca-estudio con una mesa al fondo, y unos sillones.

—¿Puede decirme qué quiere de mí? —inquirió, apenas se hubo sentado.

—¿No se lo ha dicho Claude? Queremos resolver sus problemas… y los nuestros.

—Me temo no poder corresponder a su amabilidad y altruismo. No me hallo en situación de resolver asuntos ajenos. No puedo ayudarla a usted, así que…

—Es preferible que hablemos con sinceridad. Consideré que debía interesarme por usted, lo hice, y las conclusiones a las que he llegado son altamente satisfactorias. Usted está no sólo arruinado, sino abrumado por deudas de toda clase.

—¿Y ésa le parece una situación altamente satisfactoria? —inquirió, fruncido el ceño, el *nabab*.

—En efecto —sonrió la bellísima hindú—. Su situación ahogará algunos escrúpulos… dudosos, pero que podrían presentarse. No perdamos demasiado tiempo. Usted tiene un padre riquísimo: el

maharajá de Armujan, Bigak Ratsumara.

El *nabab* sonrió como divertido.

—Se ha informado muy mal. Pésimamente, diría. Mi padre está arruinado. Usted, querida, es, sin duda, demasiado joven, e ignora muchas cosas ocurridas en la India desde mil novecientos cuarenta y seis, en que…

—Es evidente que soy joven, Kabir, pero le aseguro que conozco muy bien la historia que usted parecía dispuesto a explicarme. Esa historia y otras muchísimas cosas. Por eso, afirmo: su padre se encuentra en posesión de una fortuna que usted y yo juntos tardaríamos bastante tiempo en calcular.

El *nabab* sacudió la cabeza.

—Temo encontrarme bajo los efectos del coñac aún… O eso, o usted está loca, Gora. Mi padre, insisto, está arruinado. Y puedo ofrecerle toda clase de pruebas. Vivimos en un viejísimo hotelito, con sólo dos criados, y que nos siguen por costumbre. Mi padre, avejentado, vive en un palomar, dedicado a escribir una historia sobre la India. En cuanto a mi madrastra, la maharaní… ¿La conoce?

—No personalmente.

—No es mucho mayor que usted, pero igualmente bella. La maharaní vive retorcida de angustia, de rabia, obsesionada por toda clase de deseos incumplidos. Imagino que no tardará demasiado en abandonar a mi padre. Como ve, si bien es cierto que fuimos importantes, que aparcábamos doce elefantes cuando llegábamos frente a un hotel, hoy, yo, tomo taxi. Cuando puedo pagarlo, claro.

—Todo eso lo sabía ya, Kabir. Por eso me ha interesado usted.

* * *

Las pisadas sonaban muy quedas, apenas perceptibles, en aquella escalera de principio de espiral, que conducía a la estancia superior del hotelito. El hombre se detenía a menudo, escuchaba, y proseguía el ascenso, seguro de que nadie le oía. En verdad, era muy tarde, casi las tres de la madrugada, y podía decirse que el camino estaba expedito.

El hombre llegó frente a la puerta, bajó despacio la manilla, y abrió, produciendo apenas un chirrido. Instantes más tarde, entraba en la estancia, y cerraba la puerta. Fue hacia la ventana. Lo único

bueno del cuarto era la ventana, encarada al lago.

El hombre encendió la luz, tras correr la cortina de la ventana; se quitó la chaqueta y la colocó en los bajos de la puerta, de modo que no se filtrase luz alguna al exterior. Luego miró en torno, vacilante. Empezaría por los cajones del escritorio, decidió. Así inició el registro. Primero todos los cajones, sin resultado positivo. Quedaban las estanterías de la biblioteca, con sus armarios, legajos de papeles, documentos del maharajá…

Estaba revisando incluso los libros, por si uno de ellos era hueco. Se encontraba de espaldas a la puerta cuando oyó el roce; era la chaqueta, que cedía, empujada por la puerta. Ésta, entreabierta, mostraba al maharajá; un tipo sesentón, alto, huesudo, flaquísimo, con porte ascético, y grandes ojos negros tristes.

—Kabir —musitó, por fin—. ¿Qué haces aquí?

El *nabab* estaba pálido; se humedeció los labios.

—Nada, padre… No tenía sueño.

El maharajá echó un vistazo en torno. Vio huellas de que todo había sido removido.

—¿Qué estás buscando? —insistió, sin alterar lo más mínimo el tono de su voz, reposado, culto.

—Nada. Buenas noches, padre. Voy a…

—Antes, responde a mi pregunta.

—¡No buscaba nada!

—Es insólito encontrarte aquí, a las tres de la madrugada. Y has estado revolviendo mis cosas… Registrando, diría yo, para ser más preciso.

—Te equivocas. Pensé que podías haberte dormido aquí, y…

—Sigue, Kabir. Es conmovedor oírte hablar así. Parece indicar que te has preocupado por mí, por alguien, por primera vez en tu vida, lo cual no puedo creer.

—No tengo deseos de discutir, padre. Déjame salir.

—Antes, hablemos.

—Por favor… ¿Crees acaso que me interesan tus apuntes de una historia que, por desgracia, conozco muy bien?

—¿Qué buscabas, entonces?

—¡Está bien, te lo diré…! Y te diré algo más: lo que haces es injusto. Sé que tienes un tesoro casi incalculable, mientras estás viviendo como un pobre hombre. Y no es eso lo peor. ¡Lo peor es la

vida que nos obligas a llevar a mí y a la maharaní! Con ello, quizá estás buscando quedarte solo. Ella y yo, cada uno por su lado, eso sí, ya que no le profeso la menor simpatía; estoy seguro de que hemos pensado más de una vez abandonarte.

—No poseo nada, Kabir. No existe ese tesoro.

—¡Mientes! Es indigno de ti que mientas. Te consideras un hombre perfecto, ¿no es así?

—Me considero un hombre, y dejémoslo así, Kabir. Olvida ese tesoro. Como sabes, todo lo que yo poseía lo entregué, con las tierras, a la Unión India, cuando ésta se integró, se formó. Desde entonces, vivimos con la pensión que nos asignó el Gobierno.

—¡Hasta que nos ha sido suprimida! ¡No tenemos nada ya! Es decir, conservas, cuando menos, parte de la fortuna que teníamos… Y ya lanzado, quiero que lo sepas: estaba registrando por si hallaba alguna indicación que me permita dar con esa fortuna. Yo no tengo la culpa de los sucesos políticos, ni tengo la culpa de haber sido criado en mi infancia en la opulencia, en lo superfluo, en el lujo más descabellado. Lo siento, yo no sé prescindir de todo eso con una sonrisa de resignación, como tú.

Los ojos del maharajá, centellearon; una línea de gran firmeza apareció en sus labios, apretados entonces.

—Si te disgusta vivir así, y conmigo, puedes irte cuando gustes, Kabir. Últimamente, he tratado de inculcarte la necesidad de que te ocupes de algo, aunque sólo fuese por la prosaica necesidad de ganar algún dinero para tus muchísimos vicios. Te cité ejemplos de maharajás, *nababs* y *nizams*, que han sabido reaccionar. De sus palacios han obtenido grandes y lujosos hoteles; otros, fabrican quesos, y otros compran y venden mercancías diversas… Si no te gusta tu vida aquí, vete.

—¿Me echas…? —jadeó Kabir.

—Sí.

—¿Crees que por eso voy a olvidar lo que he descubierto? —masculló Kabir.

—Yo, en tu lugar, lo olvidaría. Espero no verte aquí mañana.

El maharajá se volvió, y caminó con dignidad hacia la puerta. Por lo visto, ni siquiera parecía importarle que Kabir siguiera registrando aquella noche. En cuanto a Kabir, furioso, pensando que posiblemente había hecho las cosas del peor modo, dejándose

arrebatar por la ira, se encontraba ante un dudoso camino, máxime teniendo en cuenta que debía abandonar la casa.

En cuanto a Gora, era molesto, muy molesto, el hecho de tener que darle cuenta de aquel fracaso.

Ya sin precauciones, sin temor a ser oído, Kabir abandonó el estudio de su padre, y bajó a su habitación. Cuando pasó por delante de la puerta del cuarto del maharajá, observó que estaba a oscuras. La de la maharaní, igualmente; Chandra ni debía haberse enterado…

Los dos criados dormían abajo, en la planta del hotelito. Y Kabir fue a su cuarto. El sueño, lo mismo que cualquier vestigio de la borrachera, había huido de él. Se sentía despierto, tenso; tenía mucho que reflexionar.

Se sentó, fumó unos cigarrillos, y pensó. Llegó a una conclusión que le parecía acertada: era preferible salir de la casa, y estar siempre vigilante, observando a su padre, sus salidas del hotelito. En la casa no estaba la fortuna. Estaba en algún lugar fuera de allí, y llegaría a conocimiento del sitio siguiendo a su padre.

Empezó a hacer el equipaje. No había prisa, pero quería salir de allí cuanto antes. Tenía mucha ropa, un amplio vestuario, gran parte del cual cabría en dos maletas, y el gran cofre repujado que tenía en un rincón de su dormitorio. Fue hacia el cofre, agarró un asa di cuero, y tiró de él.

Absorto en sus pensamientos, no oyó nada. Sí notó una ligera corriente, que provenía de la puerta de entrada al cuarto. El detalle era tan nimio, que no hizo el menor caso, y siguió con lo suyo.

Se inclinó, para depositar un traje en el fondo del baúl. Y, de súbito, sintió un dolorosísimo pinchazo en los riñones. Se arqueó con violencia, desorbitados los ojos, y a punto de lanzar un ronco grito de dolor. Pero el grito no llegó a brotar, fue abortado por una segunda puñalada, que le atravesó el cuello, con la punta del acero habiendo penetrado en la nuca.

De un tirón fue recuperando el finísimo puñal. El muerto, el *nabab*, estaba en pie aún. Bastaba un ligero empujón, y…, en efecto, fue empujado, y cayó en el interior del baúl.

Luego, fueron cayendo prendas sobre el muerto, y finalmente, la tapa del baúl fue cerrada.

* * *

Cuando se abrió la puerta del estudio del maharajá, éste, que estaba en pie, mirando hacia el lago a través de la ventana, se volvió hacia su esposa, la maharaní, que entraba en el estudio mirando con sus hermosos ojos oscuros a aquel hombre enteco, con ojos y expresión de santón.

Se apreciaba algo de disgusto en la mirada del maharajá. No le agradaba la transformación de su esposa. No, no debía haber sido así… Pero él no había podido evitarlo. Hetmachandra, la maharaní, era joven y hermosa. Y vestía como las occidentales. Se había habituado pronto a usar una falda demasiado corta, luciendo su piel morena y tersa. Su busto, recatado antes, aparecía desafiante, ahora…

—¿Qué ha pasado, Bigak? —inquirió Hetmachandra.

—Nada.

—¿Me guardas algún secreto? Acaba de llamar por teléfono Kabir. Ha dicho que enviará a alguien a recoger su equipaje. Me extrañó, he ido a su cuarto, y, en efecto, he visto el equipaje hecho. No tenía noción de que Kabir tratara de abandonarnos.

—Él sabrá, Hetmachandra.

—Es extraño… ¿No te altera la noticia?

—Algún día tenía que ocurrir.

—Bien. —Hetmachandra se encogió de hombros—. Kabir ha pedido que para ayudarle a instalarse vayan, siquiera por unos días, Jamur y Naidu. No he visto inconveniente, así que les he dado órdenes en ese sentido, pero si prefieres que…

—No importa, Hetmachandra —murmuró el maharajá.

—Estás raro, Bigak. Quiero saber lo ocurrido. No es normal —dijo de pronto, la maharaní.

—Está bien… Anoche discutimos Kabir y yo. Eran más de las tres de la mañana. Llegó en… condiciones indignas —mentía, a medias, el maharajá—. Tras la discusión, anunció que no pensaba seguir en esta casa ni un minuto más. Debo admitir que yo mismo le sugerí que tomase esa decisión. Y eso es todo. Una discusión familiar, como ves.

La maharaní pareció conformarse con la explicación, y fue a echar un vistazo por la ventana de aquel palomar. En seguida señaló hacia abajo.

—Ésa debe ser la gente que llega para llevarse el equipaje.

El maharajá, imperturbable, miró la furgoneta que se detenía ante el hotelito. De la cabina se apeaban dos hombres, ataviados con «monos» azules; lo mismo los «monos» que la furgoneta llevaban un rótulo de una empresa de mudanzas.

—¿Te ha dicho Kabir dónde ha encontrado alojamiento?

—No… Se entiende que está molesto, ahora. Iré abajo, Bigak. Debo indicar a esos hombres lo que deben llevarse.

El maharajá no hizo el menor comentario, ni miró a su esposa cuando ésta se dirigió hacia la puerta. Minutos más tarde, desde la ventana, veía trabajar a los dos hombres de la furgoneta, y a los criados, trasladando el equipaje, incluido el gran cofre, que parecía pesar bastante…

CAPÍTULO II

Los labios de Emma eran dulces. Tan dulces, que, finalmente, Jacob Mann acabó por mosquearse.

Así que dejó de besarlos, apartó un poco a la muchacha, y dijo:

—Tienes los labios dulces.

—¡Oh, gracias, querido…!

—¡Ni gracias, ni narices! No lo he dicho en un sentido poético, sino en un sentido real.

—¡Oh!

—¡Ah! Lo que quiero decir es que saben a algo dulce, pero no sé bien a qué. Vamos a ver, pichoncito, ¿a qué saben?

—Pues es que… Verás… Bueno, debe ser debido al carmín: es que me pinto los labios con carmín que tiene sabor a fresa…

Jacob Mann soltó un refunfuño feo. Luego, comentó:

—Igual que los sellos de correos. Sí, exactamente… Una vez utilicé la lengua para humedecer un sello de correos, y me llevé la sorpresa de que sabía a fresa. Me pregunto por qué demonios en Estados Unidos tenemos que complicar tanto las cosas: ¡lanzar al mercado sellos de correos con sabor a fresa!

—Oh, también los hay con sabor a naranja, a piña, y a otras cosas… ¡Son encantadores!

—¿Te parece encantador que tus labios sepan a sello de correos? —Se pasmó Mann.

—¡No saben a sello de correos! ¡Saben a fresa!

—Igual que los sellos de correos. O sea, que no sé si estoy besando tus labios o un sello de correos.

—¿Qué tiene de malo el sabor a fresa? —protestó Emma.

—Nada…, si nos comemos una fresa. Pero ocurre que yo no me estaba comiendo una fresa, sino tu boca besucona. Mira, voy a

decirte una verdad que quizá me convierta en un estúpido a tus ojos… Cuando le doy una lamida a un sello de correos, me gusta que sepa a sello de correos. Cuando le doy una lamida a los labios de una chica, me gusta que sus labios sepan a labios de señora.

—¿De verdad? —exclamó, con un gritito, Emma—. ¡Pues ahora mismo voy al cuarto de baño a limpiarme la boca!

—Buena idea —aprobó patriarcalmente Jacob Mann.

Emma saltó de la cama, y corrió al cuarto de baño de la superarchilujosa *suite* que estaba ocupando Jacob Mann en el Gaytersburg Holliday Hotel, de Washington D. C. Ahí era nada: ¡el Gaytersburg! Mil cuatrocientos dólares la *suite*…, diariamente, claro.

¿Motivos del precio? Vamos a sofisticarnos un poco: cama hidráulica, es decir, colchón de agua con temperatura graduable a gusto del excelentísimo señor cliente; o, si lo prefiere, la cama-balancín, o sea, que uno se mete en ella y se siente como un niño en la cuna… ¿Cigarros?: ¡de la mismísima La Habana, naturalmente! ¿*Whisky*?: nunca inferior al «Chivas» o al «Lander». ¿Televisión?: hombre, claro, dos aparatos, uno en blanco y negro, por si el excelentísimo señor cliente es daltónico, y el otro en color, por si le gustan los paisajes lujuriosos tipo Hawai. ¿El baño?: pues de mármol de Carrara o de Virginia, pongamos por caso, y claro está, con la grifería de oro. ¿Flores?: como si pide uno la edelweiss de las montañas suizas. ¿Comida?: si el señor cliente lo desea, un avión parte para Pekín, y le trae de allá un riquísimo pato lacado, o se va a Buenos Aires a por un «churrasco» de lo más tierno, o a Valencia (Spain) a por una paella…

Y así todo.

¿El excelentísimo señor cliente desea una manicura-masajista? Pues nada, se le envía a Emma, por ejemplo, con sus veintidós añitos, su mata de cabellos rojos, sus blancas carnes perfectamente distribuidas sobre un esqueleto sensacional, y… ¡buen provecho! Lo del sabor a fresa, como postre-regalo de la casa…

En esta vida hay que probarlo todo. O casi todo, porque había cosas por las que Jacob Mann no habría pasado nunca.

Jacob Mann… ¿Un golfo, un libertino, un caradura? Pues sí… pero sólo cuando no se estaba jugando la vida, que, era, de verdad, lo suyo, la actividad en la que más tiempo solía encontrársele. Para

eso era un agente del SAO, el Special Agents Group, que desde hacía un tiempo venía dándole sopas con honda a la mismísima CIA, contratando a los mejores hombres que pudiese encontrarse: pura élite, sin duda alguna, gente inteligente, mundana, cosmopolita en verdad, y, por lo general, con tal fortuna propia que el sueldo del SAG se lo gastaban en masaje para el afeitado pongamos por caso.

Y con esto, casi está dicho todo sobre Jacob Mann, que en aquellos momentos se estaba tomando y disfrutando un merecido descanso, después de aquel último asunto del Tuerto… Al recordarlo, Mann se estremeció, e hizo un gesto con la mano, como espantando moscas venenosas.

—¡Aquí estoooyyy…! —Apareció Emma del cuarto de baño, dando un saltito que dio lugar a un bailoteo general de su blanca y sensacional anatomía…

—¡Bien veniiidaaa…! —cantó Jacob Mann.

¡Ding-dong-ding-dong… Dong-din-don-diiinnn!, sonó el musicalísimo carrillón de la puerta de la *suite* de mil cuatrocientos dólares.

Emma se quedó como flotando, al aire los cabellos, sobre la punta de un pie y alzada la otra maciza pierna de forma apabullante.

—Han llamado —dijo Emma, dejando caer la pierna para sostenerse elegantemente sobre las dos.

—¡Que no, mujer!

—Te digo que han llamado.

—Y yo te digo que no. Vamos a ver: ¿quién es más listo aquí?

—Tú —sonrió Emma—. Y además, ¡eres tan guapo! Estaría toda la vida dándote masaje y haciéndote la manicura. ¡Y gratis!

—¿Lo dices en serio? —Se pasmó Mann.

—¡Te lo juro!

—Bueno… En ese caso, espero que en la cuenta no me incluyan tus servicios.

—¡Me despediré, si se atreven a hacer semejante cosa!

—Mira que hemos gastado colchón de agua, y todo eso…

—¡No importa! ¡Por ti…! ¿Oyes? ¡Están llamando otra vez!

Jacob Mann simuló aguzar el oído, ladeando la cabeza y poniendo cara de escuchar. En el aire, en efecto, con toda nitidez, se expandía el musical sonido de llamada…, que fue disolviendo lenta

y dulcemente…

—Pues yo no oigo nada —dijo Mann.

—¡Sí que lo has oído! —rió Emma, la pelirroja cariñosa y bellísima—. ¡Oh, no seas tonto y ve a abrir! A lo mejor te envían champaña de la Dirección del hotel. Y si no, atiendes a quien sea y que vuelva otro día.

—Mejor, el año que viene —rectificó Mann—. Está bien, sigue bailando por aquí… ¿Te has quitado ese horrible sabor a sello?

—A fresa… Pues sí, me lo he quitado.

—A ver, a ver…

Se acercó a la muchacha, la abrazó por la esbelta cintura, la estrujó contra su velludo tórax, y la besó en los labios…

¡Ding-dong-ding-dong…! ¡Dong-din-don-diiinnn!

—Pues es verdad —dijo Jacob Mann—: ahora sólo saben a boquita besucona.

—¿Te gusta?

—¡Fiiiuuu! —Silbó el agente del SAG.

Se puso un elegantísimo batín negro con un terrible dragón bordado en rojo en la espada, y abandonó el dormitorio. Cruzó la despampanante *suite*, llegó a la puerta, echó un vistazo por el saloncito de recibo, por si habían olvidado por allí alguna prenda antes del *streaking*, y abrió.

—¡Oh, no! —gimió.

—Buenas tardes, Jake —saludó la dama.

—¡Oh, no! —gimió de nuevo Jacob.

La dama entró, sosteniendo en sus brazos el perrito, que comenzó a ladrar. Jacob cerró la puerta, tomó a la dama por un brazo, y la llevó directa a un sillón, la sentó, se sentó delante de ella en otro sillón, y dijo:

—¡Hola, querida Nora! ¿Qué tal estás? Bien. Me alegro muchísimo. Yo también estoy bien, gracias. Recuerdos a la familia. Sí, mujer, te llamaré cualquier día de éstos. ¡Adiós, Nora!

Se puso en pie, la tomó de nuevo del brazo, e hizo intención de llevarla de nuevo hacia la puerta. Pero la dama pareció estar atornillada al sillón. Miró a Jacob, frunció el ceño, miró hacia el fondo de la *suite*…

—Lo siento, Jake, pero has sido seleccionado. Y la culpa es tuya.

—¡Pero si todavía me duele la patada que me atizó el Tuerto

en…! ¿Mía? ¿Por qué es mía la culpa? ¡Tengo derecho a mi descanso privado!

—Por supuesto que sí. Pero así son las cosas. Es un caso serio, Jake, naturalmente. De otro modo no te molestaríamos tan pronto, después de lo del Tuerto.

Jacob Mann se quedó mirando atentamente a Nora, su enlace con el SAG para emergencias. Una dama de unos cuarenta años, que tenía aspecto de presidenta de cualquier agrupación benéfica, y que siempre andaba con aquel perrito de un lado a otro. No era bonita, pero tampoco fea. Lo que sí era, y mucho, era expresiva. Así que, en sus facciones, Jacob Mann vio que el asunto no era una broma de ella, sino algo ciertísimo.

En ese mismo instante, Jacob Mann dejó de ser un alegre vividor para convertirse en el atento, implacable e infalible espía agente del SAG.

—Está bien —murmuró—. ¿Por qué es culpa mía?

—Hemos recurrido a los archivos para buscar a otro, pero ninguno nos merece la confianza que tú para una cosa así. Y ello es debido a tu perfecto dominio del idioma hindú.

Mann alzó un instante las cejas.

—¿Debo desplazarme a la India?

—No tan lejos. A Europa. Concretamente, a Ginebra. Pero antes, quisiera explicarte un poco de historia, aunque imagino que, debido a tu extensa cultura, estarás al corriente… Se trata de lo ocurrido con los maharajás de la India, y otros príncipes.

Jacob asentía con movimientos de cabeza. Se distendió un poco, para tomar la caja de cigarrillos; encendió dos, y entregó uno a Nora.

—Fue en mil novecientos cuarenta y seis —dijo, de pronto—. Se formó la Unión India. Los pequeños reinos, gobernados por *maharajás* o *nababs* o *nizams* si tal reino era musulmán, debieron ceder sus territorios a la Unión India. Muchos lo hicieron sin lucha, comprendiendo que debían hacerlo. Otros, pelearon, pero sus ejércitos eran tan exiguos como abundantes eran sus harenes, y cedieron por la fuerza. De ahí, nació la Unión India, y el dividido Pakistán.

—Así es, en resumen —asintió Nora—. Luego, a esos reyes y príncipes que habían cedido sus territorios, se les indemnizó con

una pensión, válida hasta la tercera generación. Pensiones que podían ser importantes o no; dependía de la importancia de los territorios cedidos. Hasta que Indira Gandhi, primer ministro hindú, decidió cortar esos privilegios, ante la realidad del país. Ahora, esos reyes y príncipes, o descendientes, son hoteleros o negociantes de todas clases.

—Sabía eso, también. Y tengo algunos amigos, además. Si alguna vez vas a la India, recuérdame que te recomiende al ex rajá de Baroda.

—Muy amable. Pero íbamos diciendo que no todo fue conformismo con esos reyezuelos destronados. Y en la Unión India hay partidos políticos, no todos del agrado del SAG. Por ejemplo, se constituyó, no hace mucho, un grupo comunista pro-chino, que pudimos detectar, y, con asombro, vimos que se nutría de reyezuelos que querían vengarse por haber sido desposeídos de sus tierras y de sus atributos primero, y de sus pensiones, por último. Gente riquísima, Jacob. Personas que se habían reservado grandes riquezas.

Jacob escuchaba muy atento.

Nora prescindió del cigarrillo y prosiguió:

—El SAG, en la difícil India, consiguió la colaboración de un hombre: el maharajá de Armujan, Bigak Ratsumara. El SAG estudió el golpe, y Ratsumara lo llevó a cabo. Fue un golpe muy certero, magnífico: el tesoro salió de la India, y quedó en manos de Ratsumara. Del partido pro-chino cayeron algunas cabezas, pero no todas, ni las más importantes. Tenemos ahora que esos chinos se mueven desesperadamente, tratando de recuperar sus riquezas, y tenemos que el maharajá de Armujan impone condiciones al SAG para que podamos seguir disponiendo de él y del tesoro.

—¿Qué condiciones?

—Nacionalidad americana secreta; protección y apoyo, incluso con las armas, si viese la posibilidad de, en la India, acabar sangrientamente con el partido pro-chino. Nosotros le ofrecemos esa nacionalidad, y le proponemos ser nuestro hombre fuerte en la India. Pero le exigimos mesura en sus acciones. Entendemos que es preferible actuar con sutileza política antes que emplear armas y guerrillas.

Jacob asentía con movimientos de cabeza.

—¿Y el tesoro? —inquirió.

—Sólo el maharajá sabe qué ha hecho de él. Probablemente lo tenga depositado en algún lugar en Suiza, pero no sabemos dónde ni cómo. Fue muy listo. Pero el SAG tiene que comprender su actitud. El maharajá quiere jugar limpio.

Tras reflexionar unos instantes, Jacob dijo:

—Es un hombre interesante para nosotros, en efecto. Si el SAG consigue situarle en la India como hombre fuerte, con la adecuada protección, y se le facilita una red extensa y eficaz de hombres, podemos no sólo aplastar ese importante partido pro-chino, sino infiltrarnos en las fronteras de Mao. Bien…, ¿quién administraría el dinero?

—Es otra de las condiciones del maharajá. El dinero seguiría en Suiza, manipulado por hombres que él nombraría, hombres de su confianza, que aumentarían el capital con esas manipulaciones, y volcarían en todo momento la ayuda necesaria para mantener al maharajá en un lugar privilegiado.

—Me parece razonable.

—Sí, no hay duda. Al SAG no le interesa el dinero, y en cambio sí el hombre. Nuestro único desacuerdo estriba, como te he dicho, en que el maharajá quiere entrar con violencia contra ese partido comunista pro-chino, y nosotros sugerimos el movimiento envolvente… Ésa es la controversia. Preferimos, insisto, actuar con cautela.

—¿Eso no lo comprende el maharajá?

—No lo sabemos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… Ha desaparecido. Carecemos de noticias del maharajá. Parece ser que inició un viaje, pero no ha llegado a ningún destino, no aparece. Le hemos perdido; a él, y al tesoro, aunque repito que al SAG no le importa esa riqueza por sí misma.

—El maharajá ha podido tomar otra clase de decisiones, Nora —dijo Jacob.

—No, no… Estamos positivamente seguros de que algo ha ocurrido. El problema que tú debes resolver es éste; encuentra al maharajá, y si como salta a la vista, a nuestro modo de entender las cosas, ha intervenido algún grupo enemigo, extermínalo.

—¿Dónde vivía, en Ginebra? —murmuró Jacob.

—En un modesto hotelito, en las afueras. Concretamente, en Charmilles, 190 de rue Pasquier.

—¿Solo?

—No, no… Con su esposa, su hijo, el *nabab* de Armujan, y dos criados. Debo hacer notar que nos han llegado informes relativos, asimismo, a la desaparición del *nabab* y de los criados. Tan sólo ha sido vista en el hotelito la maharaní, la cual, quizá, ignora que ha ocurrido algo, y cree que su esposo y el *nabab* están realmente de viaje. Bien, ésa no es más que una impresión por nuestra parte. Tú verás si la maharaní interesa.

—Ya veré. ¿Qué agente del SAG observa al maharajá?

—Sólo un enlace,
S-2,
o sea, Special-2. No creímos necesario rodear de agentes nuestros al maharajá. Al margen de esa divergencia de que te he hablado, es persona que inspira confianza. Por otra parte, rodearle de gente era como hacerle servir de cebo… Pero quizá ha sido un error no protegerle con medios y personal adecuado.

—Ha sido un error, no hay duda —rezongó Jacob—. Trataremos de enmendarlo.

—Esperamos que lo consigas. ¿Quieres contacto con
S-2,
en Ginebra? Aquí tienes —le tendió un sobre—, todo lo necesario en cuanto a instrucciones para contactos y demás.

—Gracias. Que
S-2
esté preparado, y si necesito contacto, lo llamaré. Otra cosa: ¿el *nabab* y la maharaní estaban al corriente de esto?

—No. En absoluto.

—Bien… Prepararé la marcha. Puesto que se trata de un caso de desaparición, no conviene perder tiempo.

—Exactamente. —Nora se puso en pie, y sonrió—… Siento haberte molestado.

—¡Oh, ya había terminado…! Quiero decir que… que…

—Jacob: eres un sinvergüenza. Espero que cualquier día, alguien te cazará… para siempre. ¡Adiós!

—¡Adiós! Si eso ocurre, te avisaré… Pero me parece que deberías esperar sentada. O mejor, tumbada. Y a ser posible, en un

colchón de agua caliente. Se está muy bien.

—Le pediré uno a Santa Klaus. Buena suerte, Jake.

—Gracias… Y hasta la vuelta.

Nora estuvo unos segundos mirando con mal contenida preocupación, y no poco afecto, a Jake Mann.

—Hasta la vuelta, Jake.

—No lo dudes —sonrió fríamente el hombre del SAG.

La puerta se cerró detrás de Nora, y Jacob, tras unos segundos de reflexión, recordó a Emma.

—Emma… ¿Estás en el baño?

—¡Yujúuuuuu…! ¡Adivina dónde estoooyyyy…!

—Dondequiera que estés, materialízate, tía buena. Tengo una mala noticia para ti: me largo al Congo a cazar hormigas preñadas. Acaban de proponerme un negocio para montar un zoológico…

CAPÍTULO III

Y así, cierta tarde, un hombre llamado Jacob llegó al hotel President, en Quai Wilson, Ginebra, Suiza. Alquiló una *suite*, pero ahora en serio, sin sibaritismos especiales, aunque el President era de lo mejor de Ginebra, y se instaló adecuadamente.

Al anochecer, el señor Mann salió del hotel, aparentemente dispuesto a ir a cenar por ahí y dar un paseo o divertirse en cualquier lugar de los que abundan en Ginebra. Pero, lo que realmente hizo fue tomar el camino de Charmilles, donde, en la rue Pasquier, estaba el hotelito donde había estado viviendo hasta entonces el mal vigilado maharajá de Armujan.

Antes de realizar alguna acción más directa, el cauto agente del SAG se proponía, como era norma, dar un buen vistazo al terreno. Uno nunca sabía cómo habían sucedido las cosas, y a lo peor, lo que parecía simple se convertía en una trampa mortal…

La vista a distancia no dio fruto alguno. Pese a toda su atención mientras merodeaba por allí, no vio nada especial. Luces que se apagaban en una parte de la casa, luces que se encendían en otra parte… Normal.

Nadie llegó, nadie salió de la casa. Finalmente, las luces se apagaron, cuando eran ya más de las diez de la noche. Todavía esperó Mann casi media hora, antes de decidir retirarse. Si había alguien interesante verdaderamente allí, estaría también por la mañana. Y podía disponer de la noche para terminar de ordenar sus ideas respecto a lo que convenía hacer.

Así pues, Jacob Mann regresó a su hotel, al cual llegó alrededor de las once de la noche. Se metió en el bar, consiguió que le sirviesen pese a lo tardío de la hora, y estuvo allá unos minutos, siempre reflexionando. Sabía, por las instrucciones contenidas en el

sobre, que
S-2
había levantado el campo, y que estaba esperando sus propias instrucciones, pero no estaba seguro de que fuese conveniente llamarlo para encargarle que vigilase aquella noche el hotelito. ¿Para qué? Lo que tuviese que suceder, ya había sucedido…

Tras decidir que no iba a llamar a
S-2,
y por tanto, no tener necesidad alguna de permanecer en el bar, donde había un teléfono de línea directa, Jacob se retiró silenciosamente del bar. Si era necesario, llamaría a
S-2
por la mañana…, aunque él prefería arreglárselas solo.

Un par de minutos más tarde, entraba en su *suite*. Cerró la puerta tras él, encendió la luz…, y al mismo tiempo que presentía la presencia humana y lo veía todo revuelto, oía la voz a su derecha, procedente del hombre que se había ocultado tras la puerta, mientras él abría y entraba.

—No se mueva, señor Mann. Lo mejor que puede hacer es colocar sus manos en la nuca, entrelazando los dedos, y permanecer muy quieto.

Mann obedeció en silencio, mirando de reojo el hombre, que se colocó a su espalda. No se movió cuando una mano del hombre le cacheó rápida y hábilmente.

—¡Vaya! —se sorprendió el otro—… No lleva usted armas, señor Mann. ¿Por qué?

—Nunca he usado armas —replicó Jacob.

—Vamos, vamos… ¿Por quién me toma? Usted está metido en el asunto de un modo u otro, y por lo tanto, tiene que ser un tipo de cuidado.

—¿A qué asunto se refiere usted?

—Al del hotelito donde estaba el maharajá de Armujan.

—No sé de qué me habla.

—Bueno —rió sarcásticamente el otro—, en ese caso, voy a explicárselo. Me refiero a la desaparición del maharajá, alrededor de cuya casa en Ginebra ha estado usted merodeando esta noche. Vamos, señor Mann, vamos… Yo estaba allí y le vi, le he seguido hasta aquí, y mientras usted tomaba una copa en el bar,

posiblemente esperando a alguien, a mí me ha parecido conveniente enterarme en conserjería de quién era usted, y he subido a echar un vistazo. En eso estaba, cuando usted ha llegado. Hubiese preferido mantenerme a distancia y vigilarlo, pero ya que las cosas están así, aceptémoslas. ¿No le parece una postura inteligente?

—Supongo que sí…, por su parte. Yo no sé de qué me está hablando.

—Señor Mann, tengo muy mala leche, se lo advierto. Una de las cosas que más me gustan es precisamente encontrarme tipos como usted para darles unas cuantas patadas en la entrepierna. ¿Me comprende? Eso me hace muy feliz… ¿Quiere usted hacerme feliz…, o prefiere seguir siéndolo usted? ¿Ha comprendido mi pregunta?

—Sí.

—¿Y qué dice? Si me explica…

—No tengo nada que decir —cortó Jacob.

—Entre, entonces. Y oiga esta advertencia: mi pistola tiene silenciador acoplado, y podría clavarle dos plomos en el vientre sin que nadie nos oiga. ¿Comprendido? No intente salir de ahí hasta que yo se lo diga.

Sin responder, Jacob se metió en el cuarto de baño. Resultaba un tanto antiguo para su gusto… Y aunque parecía extraño, Jacob lo estaba mirando con mucha atención. De pronto, dio unos quedos pasos, acercándose al espejo situado sobre el lavabo. No para contemplarse, sino para mirar aquellos dos estantes de cristal, situados a ambos lados del espejo. Sobre ellos, al llegar al hotel, había dejado sus útiles de aseo.

No vaciló lo más mínimo Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el borde del lavabo. Luego retiró todos los adminículos de uno de los estantes retirándolo luego de sus soportes; quedó con el estante de grueso cristal en las manos. Tomó la chaqueta, y envolvió el estante con ella, se acercó a la bañera, y empezó a dar suaves golpes, sin producir ruido, ya que el choque del cristal con la porcelana de la bañera resultaba amortiguado por el tejido de la chaqueta.

Repitió los golpes, aumentando gradualmente de fuerza, hasta que notó que el cristal estaba roto.

Dejó la chaqueta en el suelo, y fue descubriendo el estante, que, en efecto, estaba hecho pedazos.

Dejó el destrozado estante en el suelo, tomando solo una aguda y larga arista, parecida a un cuchillo. Para no herirse las manos, envolvió la parte de la arista que iba a utilizar como mango, con la chaqueta, dejando al descubierto una afilada punta… Y con la arista de cristal entre ambas manos, protegidas por la chaqueta, se limitó a esperar.

Cuestión de tres minutos. Oyó los pasos, y el hombre entró, diciendo:

—Salga, Mann. Vamos a…

No pudo enmendar su error. Aquellos centelleos que herían sus ojos no los comprendía…

El golpe asestado con la arista rasgó el cuello de aquel hombre. Y el tipo, con los ojos desorbitados, blanco como la porcelana de la bañera, muy abierta la boca, chorreando sangre por la brutal herida del cuello, tuvo que dejar la pistola en manos de Jacob. Éste, a continuación, agarró por los cabellos al hombre, y le bastaron dos tirones para lanzarlo a la bañera.

Desde allí, contempló con expresión aterrada a Jake, cuando éste se inclinó hacia él.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó fríamente Jacob.

—Voy… voy a… a morir… —jadeó el hombre.

—Puedo evitarlo. Sólo tienes que responder a mis preguntas.

—No diré… no diré una palabra… No diré…

Jacob abrió el grifo del agua caliente, y al instante, el agua ardiendo caía sobre el rostro de aquel hombre; un chorro abrasador, sobre ojos, nariz, boca… Un chorro muy corto, pero que fue suficiente para llenar de pavor al tipo, que trató de salir de la bañera, aullando, pero Jacob cortó su intento, y su grito, con un seco golpe que lo volvió a dejar mudo de espanto en el interior de la bañera.

—Puedo dejar el grifo abierto: tu muerte no sería en absoluto agradable. ¿Quién te ha enviado?

—… se… se llama… Gora… Es hindú…

—¿Dónde puedo encontrarla?

—En… en el ciento dieciocho de Chemin de Fort… Cologny…, en Haute-Rive…

—Está bien.

—Me… me estoy… muriendo…

—En efecto —asintió apaciblemente Jacob—. Pero prefiero eso a estar muriéndome yo. De todos modos, voy a ver, si puedo hacer algo por ti.

Naturalmente, conservando la pistola del sujeto en su poder, Jacob le quitó asimismo la billetera, en la que encontró documentación a nombre de Michel Vadié, francés. Encogió los hombros, porque aquello no tenía significado alguno. Tras una última mirada al hombre, salió del baño. Tendría que resignarse a utilizar el teléfono de la centralita para comunicarse con Special-2 del SAG en Ginebra, a ver qué se le ocurría para sacarle de aquella situación comprometida, con un hombre agonizante en su bañera…

Sólo que, cuando Jacob Mann regresó al cuarto de baño después de haberse comunicado con
S-2,
el hombre ya no estaba agonizante.

Estaba muerto.

* * *

Todavía mirándose al espejo, Jacob Mann asintió, y dijo:

—Por el momento, seguiré trabajando solo, aunque debo agradecerle su ayuda para librarme de aquel cadáver.

—Se las habría arreglado solo, de todos modos —sonrió
S-2.

—Seguramente, pero el hecho cierto es que me ayudó. Lo mismo que ahora, al conseguirme este chale tan discreto, partiendo del cual podré moverse con más libertad. No quisiera quedarme en el hotel y sufrir nuevas complicaciones… ¿Qué le parece mi disfraz?
S-2
aprobó, en silencio. Con aquel suave maquillaje en la cara y en las manos, que le proporcionaba un tono más oscuro de piel, y con las lentillas de contacto de tono oscuro, Jacob Mann parecía talmente hindú.

La indumentaria hacía el resto: un turbante de color azul turquesa, con un rubí rojo en su centro, pantalón blanco y chaquetilla asimismo azul, con fajín rojo.

—Por mí está bien —dijo, por fin,
S-2.

—Estupendo, pues. ¿Está el auto preparado?

—Sí, pero iré a asegurarme.
S-2
salió del cuarto de baño, seguido por Jacob, que se colocó ante una de las ventanas del pequeño chale conseguido por
S-2
nada menos que entre la arboleda del parque de Petit-Saconnex. Un lugar sumamente discreto, donde el agente del SAG había instalado ya un completo cuartel general. Las sorpresas eran divertidas…, pero en el plan de Emma, la pelirroja, no cuando puede darlas un tipo que acostumbra a patear las partes bajas y luego disparar unas balas al vientre. Así que nada de sorpresas, siempre sobre seguro. Tan seguro, que ahora Jacob Mann llevaba su pistola con silenciador bajo la chaquetilla…

—El coche está listo, apto para todo —regresó diciendo
S-2.

—De acuerdo. Hasta… la vista, entonces.

—Hasta la vista.

Jacob Mann se alejaba, segundos después, del chalet, al volante del impresionante
«DS-21»
de color oscuro. Un camino llevaba a la carretera, a Avenue de la Foret. Desde allí, Mann tendría que viajar hacia la orilla izquierda, y ascender luego hacia Haute-Rive…

Tardó poco más de media hora en alcanzar su objetivo: el chalé de Chemin de Fort, en Cologny. Jacob condujo hasta llegar frente a la verja. Se apeó, y, sin la más mínima vacilación, tiró de una cadenita.

Mientras esperaba, observó el chalé con su jardín, notando la provisionalidad de todo aquello. La tal Gora estaba allí de modo circunstancial tan sólo, era obvio. Asimismo, otras cosas saltaban a la vista. Por ejemplo: Gora buscaba también al maharajá. De otro modo, ¿para qué situar un vigilante en el hotelito de éste?

Apareció un hombre, al que miró con curiosidad. Un europeo: francés, probablemente.

—¿Desea algo, señor? —preguntó Claude.

—Soy Daman de Bhubanesjar; quiero ver a Gora.

—¿Se conocen ustedes?

—No, pero espero tener, ahora, ese privilegio.

Claude aún vaciló. Luego, sin molestarse en decirle a Jacob que esperase, retrocedió hasta el chalé. Durante tres minutos, estuvo ausente. Luego, impasible el rostro, regresó, abriendo la verja. Hizo un gesto, y el falso hindú le siguió. Cruzaron el salón, pasando luego a la biblioteca-despacho anexa, donde estaba Gora, con su vestido largo, plateado, pegado a la piel, resaltando sus formas, sus maravillas anatómicas, que parecieron poner un centelleo en los ojos negrísimos del recién llegado, el cual se inclinó gallardamente.

—Daman de Bhubanesjar —murmuró Gora—… Nunca he oído hablar de usted. Y no estoy muy segura de que me interese, ahora.

—Espero que sí. Por mi parte, querría expresar un deseo.

—Es libre de hacerlo —sonrió Gora, dando a entender con su sonrisa que otra cosa distinta era que su deseo fuese complacido—. ¿Qué deseo?

—Hablar a solas con usted.

Claude pareció removerse, protestar con el gesto, pero Gora cortó la protesta con un gesto, y él se retiró. Gora se quedó mirando sonriente a su visitante, que murmuró:

—En primer lugar, para no crear ningún malentendido de principio, debo confesarle algo: anoche maté a uno de sus hombres.

Ella pestañeó.

—Mató a un hombre… A Michel, entonces —susurró Gora—. ¿Por qué razón? ¿Y por qué razón viene a confesarlo?

Jacob esbozó una sonrisa.

—¿No se sienta, Gora? —inquirió.

Se sentaron frente a frente, en sendos sillones.

El largo vestido impedía que se viese apenas una pulgada cuadrada de la piel morena y tersa de Gora, pero, al parecer, la atención de Jacob estaba centrada en el rostro, los ojos, la expresión en suma, de aquella mujer.

—Hetmachandra, en tiempos, fue mía —dijo, de pronto, Jacob.

—¿Hetmachandra? ¿Se está refiriendo a la maharaní de Armujan?

—Exactamente.

—Bien… Con ser una casualidad, no entiendo…

—Ya irá comprendiendo. Las cosas me han ido mal en nuestra tierra —dijo Jacob, que se expresaba en correcto hindú, como Gora, desde que habían quedado a solas—. Podría hacerle un extenso

relato de mis avatares, pero no sé si vale la pena. Lahore, por ejemplo, fue durante bastante tiempo mi campo de operaciones: droga y esclavos… y esclavas.

—Un momento, Bhubanesjar… ¿Trata de sugerirme que la maharaní, antes de su matrimonio, fue esclava?

Jacob mintió con su magnífico aplomo habitual:

—Lo fue. Yo mismo la conduje al mercado de Lahore, desde un *cabaret* de Bombay. Bien, confieso que me enamoré de ella. Me quedé con ella… A raíz de eso, la convertí en otra mujer. Le proporcioné otro nombre, dinero, libertad… Y como pago, ella se escabulló de mi lado. Usted, sin duda, imaginará mi tremenda sorpresa al saber, mucho más tarde, que se había casado con el maharajá de Armujan. Sabemos que lo de maharajá no es ya más que un resto de esplendor. Es un título… honorífico, pero muchos de ellos han demostrado cierta dignidad, lo que no ha hecho Bigak Ratsumara, que sólo vio belleza y juventud en su esposa.

—Es sorprendente, desde luego, pero…, ¿qué tiene todo eso que ver con la muerte de Michel?

—Ese Michel me siguió, anoche, hasta mi hotel. Yo estuve tratando de ver a Hetmachandra… Rondé el hotelito en que vive… No me atreví a presentarme, temiendo una reacción de ella en presencia de otras personas, y pensé regresar al día siguiente, hoy. Pero Michel me siguió, me comprometió, me amenazó…, para su desgracia.

—Quiere decir que dominó a Michel.

—Naturalmente. Le interrogué. Confieso que empleé medios bastante salvajes, pero así son las cosas, a veces. Conseguí que me hablese de algo que yo, por supuesto, desconocía. Me habló de un tesoro extraño, increíble. Todos sabemos que hoy no existen esas riquezas en la India, en manos de antiguos reyes y príncipes… Sin embargo, he decidido hablar con usted al respecto.

—Todo eso son fantasías.

—Lo dudo. La capacidad de inventar decrece hasta la atrofia, en determinadas circunstancias. Hay momentos en que uno solo piensa en sí mismo. Michel atravesó esas circunstancias. Parece ser que usted pretende ese tesoro, Gora. Y yo, como decía al principio, buscaba algo de Hetmachandra.

—¿Chantaje?

—Tal vez. Hetmachandra, ahora, está obligada a hacer algo por mí, ya que me encuentro en grandes dificultades. Pero vayamos al caso, Gora. Usted busca ese tesoro, y yo me he interesado por su posible existencia. Si usted analiza, verá que yo tengo cierto poder, ciertas bazas, para que ese tesoro pueda ir pasando a nuestras manos, por lo menos en parte.

—¿Quiere colaborar conmigo? ¿Por qué? Todo el tesoro podría pasar a sus manos, ¿no?

—Yo no soy hombre previsor. Deduje que usted seguiría enviando gente al hotelito del maharajá, y que yo no siempre tendría la suerte de deshacerme de mis enemigos desconocidos, ¿comprende? He querido conocerla, y pactar. Usted me cuenta todo lo que sepa, y yo aporto mis conocimientos.

—En un principio, hasta parece una operación ventajosa para mí… —murmuró Gora—. Eso es, precisamente, lo que me hace desconfiar.

—Yo solo no podría hacerlo todo. Acabarían conmigo. Ella, o el maharajá, o el *nabab*… Usted tiene algunos hombres, debe tener un poco de dinero también, y lo que se llama organización… Yo no poseo más que una baza, aunque sea buena. ¿Hay pacto, Gora?

—En principio, podría ser interesante, Bhubanesjar… Ya se lo he dicho. Ese poder sobre la maharaní podría resolver algunas cosas. Sin embargo, voy a ponerle al corriente de ciertas dificultades con las que hemos tropezado: el maharajá, y su hijo, el *nabab*, han desaparecido.

—¿Desaparecido? No entiendo.

—Parece ser que emprendieron un viaje. Mi desconcierto se debe a que yo actué sobre el *nabab*; quise llegar hasta ese tesoro sirviéndome del *nabab*, vicioso, corrompido, estúpido… He quedado en el vacío, por la desaparición de ambos, por ese viaje. La maharaní está sola.

—Si la maharaní está sola, tanto mejor… Es una gran noticia, en realidad.

—No esté tan seguro. El *nabab*, el propio hijo del maharajá, ignoraba la existencia de ese tesoro. Pienso que también la ignorará Hetmachandra… Estoy casi segura de que ella la ignora, puesto que tengo la completa seguridad de que Hetmachandra viviría de modo muy distinto a como lo hace en la actualidad, completamente a

solas y en la miseria. De ahí que yo me limite a una vigilancia.

—Vaya… No están mejor las cosas, entonces.

—Usted, en todo caso, podría averiguar dónde están el maharajá y su hijo. Hetmachandra puede saberlo.

—Así, ¿usted no tiene ni idea? —inquirió Jacob, ocultando perfectamente su decepción.

—No… Fue una desaparición súbita.

—¿Se puede sospechar que haya sido asesinado?

Gora pareció sorprendida.

—¿Asesinado? No había pensado en ello.

—¿Cabe la posibilidad? —insistió Jacob.

—No quisiera ser pesimista —dijo, removiéndose, Gora—. Si el maharajá ha sido asesinado, y Hetmachandra desconoce la existencia de esa fortuna, nuestros esfuerzos serían en vano.

Jacob reflexionó unos instantes.

—En este caso, esperemos que el maharajá esté con vida. Sugiero que, de momento, usted siga empleando a su gente en la vigilancia del hotelito. Por mi parte, pensaré sobre la conveniencia de una visita directa a Hetmachandra, que realizaría probablemente esta noche, a menos que haya alguna novedad, que usted me comunicaría.

—¿Cómo? —inquirió Gora.

Jacob esbozó una sonrisa.

—Por razones obvias —dijo—, he cambiado de hotel; es decir, estoy pendiente de ese traslado. Cuando yo la llame, cambiaremos información. Si jugamos limpio, podemos obtener éxito, Gora.

—Está bien. De todos modos, era mi propósito seguir vigilando a la maharaní… Es decir, nada cambia, a excepción de que mis posibilidades aumentan.

—Exacto. La llamaré esta tarde.

Gora sonrió, se puso en pie, y tendió la mano a Jacob, quien, también ya erguido, la tomó, besándola suavemente.

—¿Cree que tenemos algo en común, Gora? —inquirió, de pronto.

Ella rió suavemente.

—¿Trata de abordar un asunto personal entre nosotros? —inquirió, a su vez.

—Es posible.

—En este caso, le diré que tal vez nos parezcamos en algo: en nuestra ambición. Ello puede ser causa de una buena amistad… o de una peligrosa enemistad.

CAPÍTULO IV

Era muy difícil reconocer a aquel hombre.

Estaba tendido sobre una rústica mesa, con las manos y las piernas atadas, con sólo unos jirones de ropa desde la cintura a las ingles. Unos jirones llenos de sangre y llenos de rasguños. Por lo demás, el rostro de por sí ascético del maharajá estaba en verdad consumido. Tenía ya más apariencia de calavera que de rostro de humano vivo. Hundidos los ojos, febriles y centelleantes, rota la boca, las cejas, amoratados los pómulos, con una brecha tremenda en el mentón… Se le veían astillas clavadas en las muñecas, en el tronco, en los dedos de manos y pies. Sorprendía, en la misma medida que enfurecía, la resistencia de aquel hombre, que no había despegado los labios.

Con el maharajá, en la estancia, había dos hombres. Uno de ellos, bastante grueso, con barba muy negra y espeso ceño. El otro, más alto, con ojos descoloridos, rostro impávido.

Fue éste quien dijo:

—Deberíamos recurrir a otros procedimientos, Scarrone. La tortura de nada sirve. Son ya cuatro días, y con sorprendernos y admirar su resistencia no conseguimos nuestros propósitos.

Scarrone, mirando al maharajá, se acarició la barba, Jugueteó con el bastón que llevaba en la diestra, con puño de marfil.

—Otros medios —murmuró—… Se supone que te refieres, por ejemplo, al tiopentanato sódico, la variedad más potente del penthotal…

—Lo que sea, pero de ese tenor. De otro modo, acabaré por considerar que hemos fracasado en el intento de hacerle hablar. Empiezo a sospechar incluso que este hombre es un «yogui» o algo por el estilo: jamás había tenido noticias de semejante estoicismo.

Scarrone miró a Bigak Ratsumara.

—Estoicismo —susurró—… No sé, Dolfuss, no estoy muy seguro. En realidad, yo he visto muchas cosas en los ojos de este hombre, mientras se le sometía a tortura. Muchas cosas, sí, pero no he visto ese estoicismo que mencionas. Es más bien… determinación, gran fuerza interior. Pero probaremos lo que sea, ya que no debemos prolongar esta absurda situación.

—¿Me autoriza, entonces?

Scarrone esbozó una sonrisa.

—Yo, a mi vez, debo pedir autorización, Dolfuss —dijo—. Pero espero superar una poco probable oposición de Diakos. Por lo demás, quizá sería interesante mejorar un poco el estado físico del maharajá. Para la aplicación del tiopentanato sódico, sus constantes deben estar lo más aproximadas posible a las normales.

—Sí, me ocuparé de eso…

—Mientras, llamaré a Diakos. Luego, tú mismo irías a recoger las dosis necesarias para la aplicación del suero.

Dolfuss asintió con un movimiento de cabeza, y Scarrone miró una vez más al maharajá. Tras una pausa de silencio, dijo:

—Casi lamento lo que estamos haciendo, Ratsumara… También siento la inutilidad de su esfuerzo. ¿No desea ahorrarse nuevos sufrimientos?

Bigak Ratsumara se limitó a mirarle. No parecía dispuesto a responder. Ni palabra; como si la lengua se le hubiese fosilizado.

Scarrone iba a decir algo más, cuando oyó pasos; alguien bajaba unas escaleras y se presentaba en la estancia. Scarrone dirigió su mirada a aquella hermosa morena de rasgados ojos negros, que se posaron especialmente sobre la figura del maharajá.

Una mujer espléndida, habituada muy pronto a la indumentaria occidental, a mostrar los perfectos muslos, a ceñir un busto prodigioso… Los dos hombres se quedaron mirando fijamente a la hermosa Hetmachandra, que, a su vez, miraba al maharajá, su marido.

—¿Nada? —inquirió ella.

—Todavía no. Pero lo conseguiremos —dijo Scarrone.

Hetmachandra mostró una mueca en los labios.

—Nunca habría creído pertenecer a un hombre tan duro… Es curioso: se viven unos años junto a una persona, y no se la llega a

conocer en lo más mínimo. De todos modos, no es eso lo que importa ahora… Bigak, ¿me oyes?

El maharajá la miró; oía, en efecto, ya que su actitud era clara.

—Bigak, sólo tienes que decir dónde depositaste el tesoro. Tú jamás disfrutarás ya de esa riqueza, a menos que colabores. Podrías, incluso, salvar la vida. No me mires así, no me gusta… ¡Y habla de una vez, maldito, habla! ¡Habla, habla, habla…!

Hetmachandra había perdido por unos instantes el control de sus nervios; aquella mirada negra que la atravesaba, que la dejaba helada, aquel silencio impresionante, de majestuosa montaña, la sacaba de quicio. El reconocimiento de la superioridad de aquel hombre la impresionaba, muy a su pesar. Y de ahí que chilló, y pegó bofetadas al rostro sumido, huesudo, martirizado, lleno de hematomas, del maharajá, hasta que Scarrone la apartó.

—Parece que quiere decir algo —murmuró el hombre.

Daba la impresión, en efecto, de que el maharajá movía los labios.

Hetmachandra se alertó: si Bigak quería decir algo, y lo hacía en hindú, de allí sólo ella podía entenderle. Inclinó el rostro hacia el hombre torturado, pero no, no brotaba sonido alguno de aquellos labios pálidos, rotos, hundidos… Lo único que brotó fue, con muy pocas fuerzas, un salivazo sanguinolento, que estalló casi en la boca de Hetmachandra, la cual, con un grito de asco, de rabia, se apartó de un salto.

Luego, fuera de sí, quiso abalanzarse de nuevo sobre su esposo, pero fue detenida por Scarrone otra vez, el cual, grave el semblante, fría la mirada, tendió el bastón, y la punta quedó entre los senos de Hetmachandra.

—Cálmese, Chandra. Sus arrebatos histéricos no van a mejorar las cosas. Voy a pedirle un favor: mientras esto siga así, y esperemos que sea por poco tiempo, usted absténgase de ver a su esposo. Me doy cuenta de que cuando la ve, todo empeora. Su esposo siente un odio total hacia usted.

—Tal vez tenga razón, Scarrone —dijo—… Pero no vuelva a tocarme, con su bastón.

—Le pido un millón de disculpas, maharaní.

Tras dirigir una fulminante mirada a su esposo, aquel viejo con todas las trazas de calavera, de increíble resistencia, Hetmachandra

abandonó la estancia.

Scarrone miró a Dolfuss, y dijo:

—Como decíamos, Dolfuss: trata de mejorar un poco su estado físico.

—Está bien.

—Y no permitas nuevas visitas de Chandra.

* * *

En el pequeño chalé alquilado por
S-2,
Jacob Mann, sin turbante en aquellos momentos, mostrando una falsa y lacia cabellera negra, de cabello humano, natural, estaba fumando un cigarrillo, y sorbiendo medio *whisky*. Había mirado un par de veces el reloj.

Por fin, oyó la llegada del auto, y
S-2
apareció instantes más tarde.

—Tiene *suite* en el Cornavin —fue lo primero que dijo
S-2
—. Hotel de primera categoría, en el centro, cerca de la estación. Muy apto, por ejemplo, para un editor de libros. Todos los encargos que reciban los anotarán.

—Deme la tarjeta del hotel.
S-2
la tendió, y con ella en la mano, Jacob se encaminó hacia el teléfono y realizó una llamada.

Segundos más tarde, oía la voz de la propia Gora:

—¿Sí?

Jacob habló en hindú:

—Soy Bhubanesjar —dijo—. Por lo pronto, anota mi teléfono:
22 880.
Hotel Cornavin, habitación 220… ¿Hay novedades?

—En efecto. Ha ocurrido algo muy extraño: ha salido un hombre del hotelito de la maharaní.

—¿Tan extraño te parece?

—Sí, porque a ese hombre no le habíamos visto entrar.

—¿Se le sigue? —inquirió Jacob, fruncido el ceño.

—Claro, querido.

—¿Noticias concretas al respecto, entonces?

—Aún no. Ha salido hace unos quince minutos. Tendré informes cuanto llegue a su destino, puesto que es de suponer que vaya a algún sitio. Entonces, examinaremos nuestras probabilidades. Mientras, permíteme una sugerencia: podrías ir a ver a Hetmachandra. La ocasión es buena, puesto que todo indica que está sola en el hotelito.

—¿Ha quedado alguien de vigilancia?

—No. Nuestro hombre sigue al que salió.

—Al hombre que salió sin haber entrado… Antes de las diez volveré a llamar, Gora.

—Como quieras.

—¿Prefieres que vaya personalmente, quizá?

—Pruébalo… —susurró ella.

—Quizá lo haga, aunque… no me gusta celebrar los éxitos por anticipado.

—¿De veras piensas en el éxito? Veo que el optimismo es algo que también tenemos en común. Empiezan a ser bastantes cosas, ¿no crees?

Jacob colgó el teléfono. En silencio, se dirigió hacia el tocador, sobre el que había dejado el turbante azul turquesa con el rubí rojo. Se lo encasquetó cuidadosamente, para observarse, luego, un instante, en el espejo.

—Tiene el coche en la puerta, Mann —dijo
S-2.

Jacob, desconocido con aquella caracterización, se limitó a asentir brevemente con la cabeza. Abandonó el chalé, y un minuto más tarde estaba al volante del
«DS-21».
Invirtió unos veinte minutos en llegar a las inmediaciones del edificio en que vivía Hetmachandra. Dejó el auto estacionado a unos cien metros de distancia, y se acercó a pie. Un minuto más tarde, estaba llamando.

Notó que se preocupaban por ver quién llamaba, antes de abrir; casi un minuto invirtió la maharaní en decidir si abría o no la puerta. Por fin lo hizo, mirando a su visitante con una mezcla de curiosidad y recelo. Por su parte, Jacob realizó una impecable reverencia, y dijo:

—A sus pies, maharaní. Permítame presentarme: Daman Bhubanesjar, editor de libros. Como habrá comprendido, deseo hablar con su esposo.

Ella vaciló un poco, antes de murmurar:

—Pase.

—Gracias. Si su esposo…

—Está ausente. Me sentiría desconsolada si usted representase a alguna editorial hindú, y hubiese realizado tan largo viaje.

—No, no… Resido en París, maharaní —sonrió Jacob—. No es un largo viaje, y merece la pena, además. Eso sí, lamento la ausencia de su esposo. Si no ha de tardar mucho, no me importará esperarle aquí.

—Temo no haberme expresado bien, señor Bhubanesjar —dijo ella, con leve sonrisa—. He querido decir que mi esposo salió de viaje. Hace ya cuatro días. Probablemente, en estos momentos se encuentre en Nueva Delhi.

Jacob compuso una perfecta expresión de desconcierto, mientras se sentaba en el sillón que le señaló Hetmachandra tras sentarse ella.

—Pero me informaron de que estaba en Ginebra, escribiendo un libro sobre historia hindú… Creí que el tema era interesante… Usted, maharaní, no ignora que todo el mundo tiene una idea bastante fantástica sobre lo que han sido los reyes y príncipes de los territorios de lo que hoy es la Unión India. Todo el mundo piensa en lujos, riquezas sin fin, fiestas demoledoras, despilfarro continuo… Yo pensé que su esposo hablaría de eso, contaría anécdotas verídicas, y desharía un poco esa impresión de tiranía de hombres que, como su propio esposo, fueron reyes, en definitiva, y gobernaban su territorio. Deshacer mitos sobre los maharajás y *nababs*: eso es lo que yo pienso que está haciendo su esposo, y de ahí mi interés por su obra.

Hetmachandra sabía sonreír, y escuchaba con cortés atención.

—Bien… No sabe cuánto lo siento, señor Bhubanesjar, pero, como ve, no existe por ahora la posibilidad de hablar con mi esposo…, a menos que desee trasladarse a Nueva Delhi…

—No me es posible, realmente. Sólo cabe esperar que la ausencia del maharajá no sea larga. En otro sentido… —vaciló, como temiendo molestar la dignidad de la maharaní— mi visita a

su esposo representa una importante oferta en efectivo por su libro. Habríamos llegado con toda rapidez a un acuerdo…

—Es usted muy amable.

—Sobre todo, un admirador de la belleza. ¿Me permite decirle que en París, aún con su fama de albergar mujeres hermosas, siento una nostalgia infinita por las mujeres… como usted, de mi raza?

—En el fondo, señor Bhubanesjar, la raza poco importa. En mi opinión, los hombres, cuando tratan de obtener algo, no piensan en eso.

—Lo cual quiere decir que no me cree del todo. Sin embargo, es cierto.

—Tal vez. Me da la impresión de que trata de aprovechar mi momentánea soledad, señor Bhubanesjar —sonrió ella.

—Siento haberla molestado, maharaní. Mi intención no era mala.

—No me refería a eso, exactamente; más bien ocurre que la soledad es difícil de soportar —respondió ella, mirándole a los ojos —… Y hay cosas que la hacen más difícil aún. Pero podríamos proseguir esta conversación en otro momento, señor Bhubanesjar.

—Cuando usted diga, maharaní. Me alojo en el hotel Cornavin. A su disposición. La veo un poco… nerviosa. ¿Espera a alguien, quizá? ¿O soy indiscreto?

Ella se puso en pie y le tendió la mano, sonriendo.

—Dejemos así hoy las cosas —dijo.

Rápidamente puesto también en pie, Jacob encajó bien la derrota, besando la mano de la maharaní, con una correcta inclinación. Ella, ya muy impaciente, aunque procuraba dominarse lo mejor posible, le acompañó hacia la puerta, y le despidió con brevedad. Jacob se encontró en el exterior, con el peso, aparentemente, de un nuevo fracaso, pero eso no parecía inmutarle. Se dirigió hacia su auto, y una vez allí, se puso cómodo. Deslió algo que llevaba en el bolsillo; unos hilos, con dos terminales diminutos, llenos de orificios, que se colocó en los oídos; modernos, sofisticados auriculares para recoger los informes que enviaría el micro-espía que había colocado en el sillón en el que había estado sentado, y que en la profesión se conocía con el nombre de magicear, esto es, oídos mágicos.

CAPÍTULO V

El tipo casi corría, saltando por entre las vías del tren, en el gran apartadero de Ginebra, con muchas vías muertas, en las que hay viejos vagones inútiles, material inservible, mucho óxido, hierbajos entre las vías… La estación quedaba hacia el sur, hacia el río. Ahora convenía abandonar aquella zona, y encontrar una cabina telefónica, para informar a Gora. Allí, en rue de Valais, que describe un arco metiéndose en el apartadero, habría alguna cabina.

En efecto, la había. Estaba a pocos metros de un farol del alumbrado público, en zona más bien solitaria, en la que sólo se percibían los pitidos de los trenes, y su característico sonido, todo como muy lejano.

Maurice se metió en la cabina, y medio minuto más tarde conseguía comunicación, reconociendo la voz de Claude.

—Claude, dile a Gora…

—¿Eres tú, Maurice? —quiso asegurarse Claude.

—Sí. Que se ponga Gora.

—¿Has conseguido localizar al tipo? —inquirió Claude.

—Sí.

—Bien. Voy a avisar a Gora. Un momento.

Maurice esperó la voz de Gora:

—Adelante, Maurice, te escucho.

—Me encuentro en…

La voz de Maurice, de súbito, se estranguló.

Ni siquiera entendía lo que estaba ocurriendo allí.

No había visto nada, no había notado ser descubierto y seguido; para él, había sido un juego perseguir al hombre que salió del hotelito del maharajá, y llegar hasta allí… Todo iba bien. Entonces, ¿qué sucedía?

No, no se había percatado de nada. Ni había visto a los dos tipos que llegaron a la cabina apenas unos segundos después que él. Uno de los hombres llevaba una lata en la mano. Dos hombres con rostro impenetrable. El que llevaba la lata desenroscó el tapón, y el otro abrió la cabina. El olor a gasolina se extendió de inmediato por el ámbito. Todo sin que Maurice viese otra cosa que la pistola en manos de un hombre, y algodón en manos de otro; algodón empapado en combustible. Prendieron fuego, y cuando Maurice, comprendiendo por fin, iba a intentar salir, recibió un balazo en un hombro, que le tiró contra el aparato telefónico y el cristal de la cabina.

El algodón llameante pasó a la cabina. Cerraron la puerta. La llama se alzó, vigorosa, con un humo negro que alcanzó de inmediato el techo. En el interior, un hombre aterrado, envuelto en llamas, trataba de salir. Esfuerzo inútil, por cierto, o quizá simplemente no lo bastante rápido, ya que, de pronto, la cabina estalló violentamente, reventó lanzando fuego y humo…

Los dos hombres que habían prendido fuego estaban ya a suficiente distancia; algunos cristales destrozados cayeron cerca de sus pies. Se miraron, y sonrieron, divertidos.

—Vamos, Staff. Hay que informar al señor Diakos.

Cruzando por las vías, tardaron unos minutos en llegar a una puerta de servicio de lo que parecía una gran industria. Había una gran nave y un edificio anexo, de exposición, quizá de administración también. Sin cruzarse con nadie, fueron directamente, atravesando grandes locales desiertos, a la zona de exposición-administración. Los pasos de los dos hombres resonaban en aquellos locales.

Cambió la cosa cuando empezaron a pisar alfombra, caminando por una antesala bien iluminada. Una puerta daba acceso a un magnífico despacho, ocupado en aquellos momentos por tres hombres. Uno de ellos era Dolfuss, y precisamente éste fue quien mayor interés se tomó por aquellos dos que llegaban, Staff y Bodmer.

—¿Y bien? —inquirió.

—Efectivamente, Dolfuss, te habían seguido —dijo Staff—. Llegamos a tiempo de impedir que comunicara con alguien.

Dolfuss, como todos los demás, miraron, entonces, al hombre

que estaba sentado detrás del escritorio. Un hombre alto, delgado, cabello completamente blanco, pese a que apenas contaría cincuenta años. Un hombre elegante, sin duda, de suaves maneras, de voz culta…

—Eso significa que vigilan el hotel del maharajá, Dolfuss —dijo—. Por tanto, para evitar nuevos incidentes, voy a variar algo los planes. No regresarás con el tiopentanato sódico allí. Es preferible que vayáis en busca del maharajá, y le traigáis aquí. Lo quiero aquí. Hasta ahora, parecía buena idea lo de simular su viaje, y tenerle prisionero en su propia casa… Pero cuando algo deja de ser bueno, se abandona. Traedlo.

Dolfuss miró a los dos recién llegados.

—Preparad una furgoneta. Yo iré con vosotros. Tomad un embalaje cualquiera: hay que sacar de allí al maharajá tomando precauciones. Pienso que no habrá nadie ahora vigilando, puesto que si quien lo hacía abandonó su puesto para seguirme.

Staff y Bodmer, sin comentarios, abandonaron el despacho.

Dolfuss miró a Diakos, el hombre del cabello blanco y ojos que impresionaban un tanto por su brillo.

—¿Y la maharaní, señor? —inquirió.

—Es preferible que se oculte. Decídselo. Ese lugar debe ser abandonado.

Dolfuss se humedeció los labios.

—La maharaní, en opinión de Scarrone y mía, es un obstáculo para que el maharajá hable, señor.

—Comprendo tu sugerencia, Dolfuss: matarla. No obstante, ella ha podido tomar precauciones que ignoramos. Prefiero seguir el juego con ella, hasta el final. Vamos a tenerla localizada en todo momento, ya que una vez abandone el hotel deberá indicarnos dónde se encuentra. Es más: por razones obvias, por su paga, la maharaní no querrá perder contacto con nosotros. Cuando nos convenga, cuando nada haya que temer, veré lo que hago.

—Bien, señor.

Regresaron Staff y Bodmer, y el primero dijo:

—La furgoneta está lista, Dolfuss.

—Bien… Dentro de una hora estamos todos aquí, señor —dijo Dolfuss, mirando a Diakos.

Antíoco Diakos aprobó con su silencio.

* * *

Hacía ya un buen rato que Hetmachandra había quedado sola en la casa. En cierto modo, se sentía mejor desde que se habían llevado al maharajá. La inquietaba, le producía desasosiego, el hecho de mantener a su esposo en el hotelito. Por lo demás, estaba claro que algo inquietante estaba ocurriendo, así que era preferible abandonar de una vez aquel mísero aposento. Desaparecer, en tanto no se solucionase su asunto: es decir, recibir el dinero prometido por Diakos, por su colaboración.

En su cuarto, Hetmachandra no había perdido el tiempo. Había metido lo imprescindible en una maleta. Se iría aquella misma noche.

Lo único que faltaba era cambiarse de ropa. Se pondría un traje pantalón oscuro, se recogería el cabello, se caracterizaría un poco con unas gafas…

Y, de pronto, los ojos de Hetmachandra se redondearon, con sorpresa y espanto, cuando miró hacia la puerta. Allí estaba aquel hombre, Bhubanesjar… Estaba allí, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola con aquellos extraños ojos negros, esbozando una sonrisa que ni de acero hubiese sido más dura…

Fue Hetmachandra quien quebró la inmovilidad, con un grito corto, seco, de rabia. Se precipitó hacia el tocador. Sólo tenía que abrir un cajón, extraer la pistola, y…

No obstante, no llegó a tocarlo. Bhubanesjar se había movido con rapidez, su diestra agarró el brazo izquierdo de Hetmachandra, y con un tirón hizo que ella girase violentamente. Parecía que iba a empezar a defenderse furiosamente, pero Jacob descargó un bien controlado hachazo con la zurda de canto, pegando en el cuello de la maharaní.

La mujer quedó en sus brazos. Jacob no se molestó en contemplar tanta belleza. La depositó silenciosamente en el suelo, y luego miró en torno. Allí no había extensión telefónica. Tendría que ir al salón para realizar una llamada.

Miró a Hetmachandra, para cerciorarse de que tardaría bastantes minutos, un margen suficiente, en recuperarse. Y bajó entonces, para realizar la llamada, tras lo cual esperó, con el auricular telefónico en el oído.

—¿Sí? —Oyó.

—Bhubanesjar. ¿Y Gora?

—Espere.

La voz de Gora llegó casi de inmediato.

—Lo siento, pero no ha habido suerte… He tratado de reconstruir los hechos…

—¿De qué me hablas, Gora?

—De Maurice, del que siguió al tipo que salió del hotelito. Me llamó por teléfono para indicarme el emplazamiento del lugar hasta el que había seguido al hombre, pero apenas iniciada la conversación oí unos gritos raros, luego una gran explosión… Como sea, nada he podido averiguar. ¿Y tú?

Jacob reflexionó unos instantes. Por fin, dijo:

—Voy a tu chalé, Gora. Con una invitada.

—¿Una invitada? ¿A quién te refieres?

—A la maharaní.

—¿Qué has hecho?

—Lo único posible, ya te lo explicaré. Por lo pronto esa gente, estaba abandonando el hotelito. Dentro de media hora estoy ahí.

—Te espero.

Jacob colgó el teléfono, y regresó al cuarto de Hetmachandra. Se inclinó junto a ella, y la reanimó.

—Vístase, maharaní. En un minuto.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere? —Se asustó ella.

Jacob esbozó una sonrisa.

—Habrá tiempo para explicaciones, que serán abundantes por ambas partes. Insisto: vístase. El espectáculo es agradable, pero no oportuno.

Hetmachandra le miraba, desafiante. La hermosa hindú creía tener ante ella a un hombre; sólo un hombre. Como todos, con sangre en las venas. Y de ahí que tratase de reconquistar una posición un poco más sólida, con sugerencias silenciosas, que quedaron en el más absoluto de los vacíos, ya que Jacob estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola, pero con la misma impasibilidad que si fuese de piedra.

Sólo que Hetmachandra no podía resignarse a eso, ni mucho menos. ¡Ella sabía tanto sobre los hombres…! Si conseguía un acercamiento con el que la miraba tan fríamente sabía que ya quedaría prendido de modo inevitable en sus redes. Sólo tenía que

dar el primer paso, hacerlo suyo…

Se las arregló muy bien para encontrarse entre los brazos de Jacob Mann, cuya impasibilidad estaba engañando no poco a la bella hindú. Y así engañada, tomó las manos de él, y las puso sobre su cálido busto, susurrando:

—Puedo ofrecerte… lo mejor de la vida…

Se apretó contra él como pudo, sin soltarle sus manos ni permitir que se apartasen de aquella zona de su cuerpo. Luego, mirándolo fijamente, fue alzando su rostro, acercando su boca a la de él, hasta que, finalmente, llegó a los labios del hombre que parecía de piedra. Y en cuanto sus labios se hundieron en los de él, Hetmachandra comenzó a considerar que tenía ganada la partida… Sumergiría a aquel hombre en el ardiente pozo de la sexualidad; lo haría su esclavo, con sus conocimientos del Ananga Ranga y el Kamasutra…

En ese mismo momento, Jacob Mann se apartó, retiró sus manos de los senos de Hetmachandra, las desprendió de las de ella, y utilizó la derecha para propinarle un tremendo bofetón, que dejó a la mujer sentada en el suelo y viendo las estrellas.

Cuando pudo ver el rostro de Jacob Mann, éste sonreía con hipócrita expresión de disculpa.

—Perdone, maharaní: se me ha escapado.

CAPÍTULO VI

La única incomodidad que sufría Hetmachandra era que tenía las manos a la espalda. Y estaba tirada en un sillón, con la mirada de Claude en todo momento fija en ella.

Por lo demás, era Jacob Mann quien estaba dando a Gora las explicaciones… que le convenían a él. En realidad, mentía muy poco, y en alguna ocasión, omitía detalles, como por ejemplo, el del micro-espía colocado en el sillón, que le permitió averiguar algunas cosas, aunque no lo esencial: el lugar adonde trasladaban al maharajá. De proporcionarle esa información iba a ocuparse Hetmachandra.

—… Y la evidencia, Gora, es total: el maharajá ha permanecido encerrado en el hotelito. Allí, por lo que he visto, ha sido torturado. En estos momentos ignoro su paradero, pero Hetmachandra nos lo dirá. Hetmachandra, naturalmente, conoce el nuevo lugar en el que en estos momentos se encuentra el maharajá.

Gora miró a la maharaní con un fulgor de odio en sus bellísimos ojos negros y rasgados.

—Miserable esclava… Empiezo a sospechar que usted asesinó al *nabab*; que ha vendido a alguien al maharajá… Usted nunca ha tenido dignidad.

—¿Quiénes son ustedes? ¡Quiero saberlo! —dijo, entre dientes, Hetmachandra.

Gora emitió una seca risa.

—A Bhubanesjar ya le conoce —dijo—. Y yo no voy a presentarme.

—¡No conozco a nadie! —estalló la maharaní.

Gora alzó las finas cejas negras. Miró a Jacob, quien se limitó a una sonrisa, y decir:

—No admitirá haber sido mi esclava, ni otras muchas cosas, Gora. Y eso es perder el tiempo.

—¡Yo no he sido esclava de nadie! —Respingó Hetmachandra.

Gora se encogió de hombros.

—Eso es cierto, no tiene el menor interés. Concretemos: usted asesinó al *nabab*, ¿no es así?

—¡No!

—Pero sí sabe dónde se encuentra, en estos momentos, el maharajá, ¿no es así?

—Tampoco.

Gora permaneció silenciosa unos instantes. Miró a Jacob.

—Habrá que recurrir a otros procedimientos.

—Sí, lo he pensado. Quizá Claude consiga impresionarla más que nosotros —miró al tipo, que pestañeó—. ¿Crees que podría, Claude?

Éste, con la mirada inflamada ante la vista de algunos de los encantos de la maharaní, dejó oír una voz ronca, que estremeció a Hetmachandra.

—Podré… Claro que podré…

—Entonces, hágalo a solas, Claude —dijo Jacob—. Gora y yo, mientras, tenemos de qué hablar.

Claude avanzó hacia Hetmachandra, sonriendo de un modo odioso.

—Vamos, reina, te voy a instalar en mi palacio hecho de rubíes…

Ella pareció encogerse, pero Claude la incorporó, a tirones, y la sacó de allí. Cesó el revuelo, ya no oían las protestas, los gemidos de Hetmachandra. Ya sólo estaban Gora y Jacob en aquel despacho. Gora dirigió una sonrisa a Jacob, y se acercó a él.

—Creo que el haberte conocido va a significar algo en mi vida, Daman —musitó—. Si pudiera confiar en…

—Ellos, por lo que vi, tienen organización y fuerza —cortó Jacob—. ¿Con qué contamos nosotros? Ni siquiera contamos con el triunfo que pudiera suponer Hetmachandra, ya que imagino que por ella nadie realizará el menor sacrificio. Nuestra baza es que hable, que comunique el lugar donde se encuentra el maharajá, y rescatarlo para nosotros. Pienso algo más: ese hombre, el maharajá, es difícil, debe ser muy duro. El hecho de que le torturen sólo indica

una cosa: no habla, no dice dónde oculta esa fortuna. Es una dificultad a tener en cuenta, Gora, ya que pueden acabar matándole.

Gora miró hacia la puerta por la que habían salido Hetmachandra y Claude.

—¿Crees que lo que haga Claude será efectivo? —inquirió.

—Por lo que he visto en los ojos de la maharaní, pienso que sí —murmuró Jacob.

—A cierta clase de mujeres, eso no les importa gran cosa. Vamos a esperar, de todos modos. En cuanto a las fuerzas de que dispongo, son ya muy menguadas. Michel y Maurice han muerto. Sólo queda Claude y nosotros dos… ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te estoy mirando? —murmuró de nuevo Jacob.

—No sé… De un modo extraño. ¿Qué estás pensando?

—Me estoy preguntando qué clase de mujer eres tú, Gora.

—¿Yo? —susurró ella.

—Pues no estoy hablando con la Luna, me parece —intentó sonreír Jacob.

—¿Qué clase de mujer crees tú que soy?

—Eso es lo que me tiene preocupado. No lo sé… Durante algunos segundos, creo saberlo, pero de pronto…, algo, en ti, me desconcierta. Voy a parecerte un poco ingenuo, quizá, pero durante esos segundos que te he dicho, me parece ver… algo hermoso en el fondo de tus ojos, algo que vale la pena. Al instante siguiente, tus ojos dejan de gustarme. Es como… si se cerrasen a una luz hermosa para quedar… ciegos, inexpresivos.

—¿No crees que estás profundizando demasiado en mí? —Tembló un poco la voz de la muchacha.

—Es posible que sí.

—¿Y por qué lo haces? No vale la pena, ¿no te parece?

—No lo sé. No sé si vale o no vale la pena profundizar en ti, Gora. Sólo sé que siento… unas sensaciones nuevas que me están preocupando mucho.

—¿Me deseas? ¿Es eso?

—Es eso…, pero no sólo eso. No creo que me conformase con lo que estás pensando.

—Bueno —ella bajó la mirada…, pero quizá podríamos empezar por ahí, Daman…, si es que realmente lo deseas.

—Te lo diré de este modo: para mí, lo que me estás ofreciendo ha sido siempre… un juego placentero y divertido. Nada más. Sin mayor significado. Eso es lo que siempre me ha gustado y deseado. Entonces… ¿por qué pienso que me gustaría de ti algo más que el juego placentero y divertido?

—Te estás burlando de mí —se encendió el rostro de Gora.

—No.

Ella estuvo unos segundos mirándole intensamente.

—¡Ojalá puedas encontrar en mí ese algo más que estás buscando…!, porque yo también quisiera encontrarlo en ti, mi amor…

* * *

No.

Los labios de Gora no sabían a fresa, desde luego; no sabían a sello de correos, ni a nada parecido. Sabían a labios. Tibios y tiernos labios femeninos, de una dulzura que tenía sobrecogido al hombre del SAG, el millonario que se había estado jugando la vida porque no se le ocurría nada mejor que hacer…

—¿En qué estás pensando? —murmuró Gora, deslizando sus labios por el cuello de él, todavía abrazada a su torso.

Mann la apartó suavemente, y murmuró:

—Creo que debemos volver a la realidad.

—¿Significa eso que el tesoro te importa más que yo?

—No —sonrió Jacob—… Soy un hombre rico ya, Gora. Un tesoro como el que tú mencionas, en el fondo, me tiene sin cuidado. No va a impresionarme tener unos millones más o menos.

—Entonces…, ¿qué hay en el mundo que realmente pueda impresionarte?

—Me impresionaría, si todo esto nuestro hubiese sido sincero por tu parte. Me impresionaría convertir realmente un juego en algo más profundo y hermoso.

—¿Crees que he estado jugando?

—¿No?

Gora desvió la mirada, y permaneció en silencio unos segundos. Luego, murmuró:

—Será mejor que nos vistamos.

Lo hicieron en silencio. Y hacía pocos segundos que habían

terminado cuando oyeron los pasos, acercándose. La persona que llegaba empujó la puerta, y entró, sin miramientos. Los dos se quedaron mirando a Claude, que pareció comprender con un simple vistazo lo que había ocurrido allí. Pero su sorpresa duró bien poco.

—Dice que quiere hablar —sonrió, muy satisfecho.

—Está bien —dijo Gora.

Fueron los tres al cuarto de Claude, donde, naturalmente, había un lecho, sobre el que se encontraba la maharaní, acurrucada, retorcida, mal cubierta por una sábana, con el cabello desgreñado, con el rostro convulso, con huellas de sudor, con lágrimas…

—¿Dónde está, ahora, el maharajá? —inquirió Jacob.

Hetmachandra, temblando, dio la respuesta, con voz entrecortada:

—E… es… es una industria de la zona de los apeaderos… se llama Diakos… Es una industria muy grande, pero no sé más de ella… Allí, Diakos tiene una organización…

—¿Qué más sabe de Diakos? ¿A qué organización se refiere? ¿Son muchos hombres?

Hetmachandra le miraba, aturdida, y aterrada. Aquella bestia de Claude, el maldito, el cerdo…

—Deben ser muchos, supongo. Sólo sé que Diakos me pidió ayuda, porque necesita mucho dinero; tiene unos proyectos muy ambiciosos… Dijo que me los contaría, pero no me interesó… Yo sólo tenía que entregarles el maharajá.

—¿Y lo del *nabab*? —inquirió Jacob.

—Tuve… tuve que matarle… Aquella noche registró en el despacho de su padre, que le echó, yo lo oí todo… Y tuve que matarle, por haber descubierto lo de la fortuna. Era una complicación para mis planes con respecto a Diakos… Le metí en el baúl… Dos hombres de Diakos se lo llevaron.

Jacob la taladraba con la mirada. Ella se estremecía a cada momento, con el recuerdo de lo que le había hecho Claude grabado a fuego en su cerebro, y en su carne…

—Aún la necesito, Hetmachandra —dijo, tras reflexionar, Jacob —. Usted debería comunicar a Diakos su paradero, ¿no es así?

—S… sí…

—Bien. Le dirá lo que yo le ordene.

* * *

Scarrone se mesaba la barba y meneaba negativamente la cabeza.

—No podemos aún aplicar la droga, señor Diakos —decía.

—¿Tardará mucho en recuperarse? Necesitamos dinero.

—Es un hombre de poca fortaleza física.

—¡No es posible! —masculló Diakos—. ¡Su resistencia…!

—Es puramente mental, resistencia psíquica, señor. Su mente gobierna, con toda evidencia, en su cuerpo. Ocurre con ese hombre al revés que con la mayoría… He pensado, pues, en la tortura psíquica, pero carezco de conocimientos para ello. Por otra parte, cuando esté más repuesto, mañana, por ejemplo, le aplicaremos la droga, y no podrá mentir, ni permanecer mudo.

Sonó el teléfono, y Diakos alargó una bien cuidada mano, tomando el aparato.

—¿Sí? —inquirió.

—Soy Chandra, señor Diakos.

—¿Sin novedad? ¿Todo ha ido bien, maharaní?

—Sí. Quiero decirle algo: estoy entre amigos, gente de mi raza, y he pensado seguir colaborando con usted. Hay aquí un hombre, pariente lejano del maharajá, que cree poder vencer el silencio de éste. El hombre al que me refiero se llama Bhubanesjar, y afirma que el maharajá permanece en silencio por razones políticas relacionadas con la fortuna que oculta. Bhubanesjar cree poder convencer al maharajá. He pensado que no perdemos nada probando. Por lo demás, mi confianza en Bhubanesjar y los otros amigos es total. En definitiva, serán ellos quienes me ayudarán a salir de aquí, y a establecerme en cualquier lugar del mundo.

—No ha debido hablar de esto con nadie, maharaní —dijo, con tono seco, Diakos.

—Yo había de contar con un apoyo, señor Diakos. Y me excedo con usted al descubrir cuál es ese apoyo. Yo sola, sin protección adecuada, no me habría lanzado a la aventura… Tengo mis amigos, mis bazas, y deseo utilizarlas en beneficio de todos.

Diakos tapó con la boca el micro, y dijo, mirando a Scarrone:

—Tal como yo sospechaba, no está sola… Acerté en mi decisión de no matarla: habríamos aumentado las dificultades.

—¿Está ahí, señor Diakos? —Sonó la voz de Hetmachandra.

—Sí… Sí. Estaba pensando.

—Es una buena oportunidad la que le brindo. Puede ser una colaboración importante la de Bhubanesjar.

—Tal vez. Y no nos encontramos en condiciones de rechazar ayudas que pueden ser valiosas… ¿Podemos ver a Bhubanesjar?

—Irá ahí. Espérenle, señor Diakos.

—Un momento, Hetmachandra: que venga solo, y desarmado.

—Quisiera hacerle comprender algo: lo único que quiero es cobrar mi parte, y marcharme de aquí. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Está bien. Recibiré a Bhubanesjar.

Diakos colgó el teléfono, encendió un fino cigarro, y miró, a través del humo, a Scarrone.

—Id a recibirle —dijo—. Y aseguraos de que llega solo.

Scarrone asintió, y abandonó el despacho, donde Diakos quedó a solas, fumando, pensando. Eran ya excesivos contratiempos. Primero, la maharaní hubo de matar al *nabab*. Luego, ellos se encargaron de los criados, dejando aislado al maharajá. Pero alguien seguía vigilando el hotelito… Y Hetmachandra hablaba del tesoro con gente…

Diakos presentía peligro, pero aquella fuente de financiación que significaba el maharajá no podía abandonarla. Estaba tropezando con muchos obstáculos, pero él necesitaba muchos millones. Su proyecto escapaba a unas posibilidades normales. Nunca habría pensado en ponerlo en práctica de no haber averiguado lo del maharajá.

Transcurrió el tiempo, y aún estaba Diakos sumido en sus pensamientos cuando oyó la llamada en la puerta del despacho. Alzó la cabeza, y sus pardos ojos quedaron fijos en el hombre que avanzaba en primer término, aquel hindú con el turbante azul turquesa, con el rojo rubí; un hombre alto, de tez morena, y grave semblante, que se inclinaba ligeramente ante él.

—Soy Bhubanesjar —dijo.

Diakos miró a Scarrone, y éste, interpretando la mirada, dijo:

—No lleva armas, y ha llegado solo.

Jacob no dio muestras de sentirse molesto por aquellas muestras de precaución; más bien daba la impresión de considerarlas lógicas.

—Le aseguro que no es en absoluto fácil vencer la resistencia del

maharajá, Bhubanesjar —dijo Diakos.

—Yo sólo he dicho que puedo intentarlo. Si fracaso, me marcho.

—Bien… ¿Tienes algún inconveniente en empezar?

—No. Ni deseo perder el tiempo.

—Perfecto. Venga con nosotros, entonces. Scarrone afirma que la resistencia del maharajá es de tipo psíquico. Quizá eso indica que posee una mentalidad de mucha mayor potencia que la nuestra.

—Conozco al maharajá y puedo afirmar que, en parte, es cierto. Pero yo no voy a tratar de vencerle por ese lado. Lo intentaré con mentiras convincentes con respecto a ciertas situaciones políticas en mi país. Puedo hacer mella en él, espero.

CAPÍTULO VII

Hacía apenas unos segundos que Jacob estaba ante el maharajá, que permanecía ahora en un lecho libre de torturas. Su debilidad física era evidente, así como las huellas de los malos tratos recibidos. Jacob, en hindú, con rapidez, y mientras hacía una reverencia, dijo:

—Intente hacer algún signo de que me reconoce, maharajá. Trato de ayudarle.

Resultó convincente, ya que el maharajá de Armujan pareció pestañear, sorprendido, al ver a aquel hombre. Aquel destello de sus ojos parecía indicar algo, y Jacob se sintió satisfecho. Sin mirar a nadie, siguió hablando en hindú, con toda naturalidad.

—No voy a mencionar nombres, maharajá; sólo le diré que usted está en tratos con mi país, y éste acude en su ayuda, por mediación mía. La situación, salta a la vista, es muy delicada para usted, y podría serlo para mí.

—¿Qué debo hacer? —musitó con voz ronca, y débil el maharajá.

No obstante, Diakos y los otros parecieron animarse. Era la primera vez que el maharajá despegaba los labios para hablar.

—Pienso que podríamos ganar tiempo con alguna mentira sobre el tesoro que usted guarda. Como sabe, a nosotros nos interesa usted, no su dinero. Puedo anticiparle que cedemos a su petición de administrar por sí mismo el dinero. Lo único, ya lo sabe, es ser nuestro hombre, sin violencias.

—No es momento de discutir eso…

—No, en efecto. Supongo que ganaríamos algún tiempo si usted indicase algún lugar, a cierta distancia de aquí. Un lugar donde no está el tesoro, pero, mientras lo comprueban, nos proporciona un margen que necesitamos. Deseo sacarle de aquí.

—Confiaba en algo de esto… Muchas veces pensaba que no era más que una ilusión de mi mente…

—No abandonamos a hombres como usted, maharajá. Diga: ¿sabe qué se propone este hombre?

El maharajá entendió que se refería a Diakos, por supuesto.

—No… No tengo idea…

—¿Cree que se trata de algún grupo de espionaje?

—Me inclino a creer que no, pero no puedo afirmar o negar.

—Está bien. Vamos a por esa mentira, maharajá.

—Espere… Espere aún… He… he pensado mucho en mi hijo. Aquella noche…

—Siento tener que darle una mala noticia —cortó Jacob.

—¿Muerto?

—Sí. Lo lamento, Fue la maharaní.

—Lo sospeché… Ella me ha destruido. De no ser por usted, yo ya empezaba a flaquear. Y… tenía un proyecto, lo tengo aún… Algo que me va a permitir vengarme… Quiero que hagan algo por mí, lo exijo. A usted no va a perjudicarle; por el contrario, ya que ganamos tiempo… Dígales que sólo hablaré con una condición.

—¿Qué condición?

—Que maten a Hetmachandra. Piense lo que quiera de mí, pero necesito esa venganza… Necesito verla morir… Dígales que quiero que la maten aquí, en mi presencia. Después de esto, mi mente, otra vez, quedará limpia.

—Allá usted, maharajá. Voy a decirles eso. Y, en efecto, ganamos tiempo. Medite sobre algún lugar lejano, sin exagerar, donde pueda usted ocultar una fortuna. Una vez realizado lo de la maharaní, pondremos en práctica el plan.

—Sí. Pero quiero que la maten a ella, aquí.

Jacob quedó silencioso unos instantes. Quizá el maharajá no le creía del todo; quizá, en definitiva, temía una trampa más, y para que le fuese demostrada la verdad de la ayuda del SAG, Jacob tenía que sacrificar a Hetmachandra…

Ante el prolongado silencio de Jacob, intervino Diakos:

—¿Qué pasa, Bhubanesjar? ¿Habla, o no?

—Sólo hasta cierto punto —dijo, en francés—. En realidad, hemos cambiado impresiones sobre lo que a él le interesa: la India. Le he dicho algunas mentiras, y está reflexionando. Pero ha dicho

algo que… Tal vez desvaría, aunque no lo creo.

—¿A qué se refiere?

—Es una condición que el maharajá impone para hablar.

—Mire, Bhubanesjar, le aconsejo que…

—Ahorre amenazas —dijo, secamente, Jacob—. No las tolero bien. La condición que trata de imponer el maharajá es algo que me atañe, y me disgusta. Óiganla: pide la vida de su esposa. Desea que se la sacrifique delante de él, aquí mismo; o donde sea, pero quiere verla muerta.

Diakos miró el rostro de Bigak Ratsumara; una mirada rápida, sorprendida.

—¿Y cuál es el inconveniente, Bhubanesjar? Si lo piensa un poco, comprenderá que para usted van a cambiar muchas cosas con sólo decirnos dónde está esa mujer. La traemos aquí, y…

—No va a ser tan fácil, señor Diakos. Y aún lo estoy pensando. No me gusta la traición.

—¿Ni por cinco millones de dólares? —masculló Diakos.

—¿Qué cree que es lo que me está haciendo pensar? —sonrió Bhubanesjar.

—Ya. No vacile… Esa mujer ya no significa nada para nadie. Y su muerte nos llenará a todos de oro. Usted es nuestro hombre, Bhubanesjar. Aumento la oferta a ocho millones de dólares.

—¿Diez?

—Que sean diez millones.

Jacob no respondió. Giró, y dio unos pasos hacia el maharajá. Murmuró, en hindú, a sabiendas de que nadie de allí entendía una sola palabra:

—Traer aquí a su esposa puede significar el fracaso, maharajá: Ella diría que yo no soy quien digo ser… Entonces, a quien vería usted morir aquí mismo sería a mí. ¿Puede cambiar las condiciones? ¿No le basta con saber que su esposa va a morir? Se encuentra en estos momentos en manos de una mujer, de una agente, sin duda, de ese grupo comunista pro-chino que usted quiere combatir; una agente que le busca a usted, y al tesoro. Esa agente fue la que mezcló en esto al *nabab*.

—Haga lo que le he dicho —fue la respuesta del maharajá.

—Entiendo que no se fía de mí. No obstante, reflexione un poco. Yo no le pido a usted la verdad sobre el escondite del tesoro; no me

interesa. Le pido una mentira para ellos, y tiempo para actuar nosotros. En ningún momento, usted debe comprenderlo, yo le pediré que me indique el escondite. Mi obligación consiste en protegerle, librarle de sus enemigos, y situarle en una posición segura y cómoda, en tanto usted y los míos llegan a un acuerdo.

—Parece razonable… Pero ¿podrá sacarme de aquí?

—Deme la oportunidad.

—Quiero ver muerta a Hetmachandra.

Jacob le miró unos instantes en silencio, asintió y musitó:

—¿Inventó ya un lugar para distraerles, maharajá? Los enviaremos a buscar, en vano, un tesoro que usted tiene a buen recaudo… ¿Qué les digo?

—Diga que lo tengo en una granja. Está a unos doscientos kilómetros de aquí, en las afueras de Berna. Camino de Zollikofen a Kirchlindach.

—¿Quién hay allí?

—Nadie. Es una granja abandonada.

—De acuerdo —se volvió Jacob hacia Diakos—… ¿Puedo llamar por teléfono?

—¿Qué ha dicho este hombre?

—Todo va bien, no se preocupe. Puesto que yo no quiero descubrir a mis amigos, le he convencido para un pequeño cambio de planes. Lo que le interesa saber a usted es que dentro de media hora sabrá el lugar al que debe ir a buscar ese tesoro.

—Está bien, vaya a hacer esa llamada… Scarrone irá con usted.

* * *

Gora descolgó inmediatamente el teléfono, con gesto tenso, vivo.

—¿Sí? ¿Eres tú, Daman? —exclamó ansiosamente.

—Sí. Hay una serie de cosas que tienes que hacer, Gora, todas ellas al pie de la letra y sin hacerme repetir mis instrucciones. Veamos… En primer lugar, el maharajá quiere que su esposa sea asesinada, lo que personalmente, teniendo en cuenta todo lo que ha estado haciendo y tramando esa víbora, no me produce precisamente un trauma… Respecto a esto, y aunque al maharajá le gustaría recibir la cabeza de su amante esposa, creo que será suficiente que Claude deje el cadáver en las vías muertas, frente a Diakos. ¿Está claro?

—Daman, matar… matar así a una persona…

—Si no quieres hacerlo, podemos enfocar el asunto de otra manera.

—No… no, no. Quiero un resultado completamente satisfactorio.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Naturalmente, no te pido que lo hagas personalmente. Sin duda, Claude lo pasará muy bien encargándose de Hetmachandra.

—Supongo que sí, porque… porque es un asesino…

—Lo había comprendido perfectamente, querida. Bien, ese asunto está explicado. Una vez haya cumplido Claude ese trabajo le ordenarás que vaya a una granja abandonada que hay al norte de Berna, en el camino de Zollikofen a Kirchlindach. No tiene pérdida. Claude debe ir allá después de dejar a Hetmachandra frente a Diakos, y, simplemente, esperar. Dile que va como avanzadilla hacia el lugar donde nos reuniremos luego los tres para ir en busca del tesoro, que está muy cerca de ese lugar…

—¡Daman!

—Pero no es cierto, Gora. El tesoro no está ahí. Sin embargo, Claude deberá estar en esa granja. ¿De acuerdo?

—Sí, sí… Le daré esas órdenes. Pero…, ¿dónde está ese maldito tesoro?

—¿Maldito? ¿Por qué lo llamas maldito?

—No sé por qué lo he dicho… ¿Dónde está?

—Tú y yo nos haremos cargo de él no tardando mucho. Para ello, ve a esperarme al hotelito donde ha estado viviendo el maharajá. No creo que tengas dificultad en entrar.

—No, desde luego… ¡Daman, no me digas que el tesoro está ahí, en esa casa, que ha estado ahí todo el tiempo!

—Has acertado de lleno.

—¡Todo el tiempo en esa casa…! ¿Dónde, en qué parte de ella?

—Gora, ve allá y espérame, eso es todo. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, Daman.

—Pues eso es todo, por ahora. Hasta luego… Quedamos a la espera del cadáver de Hetmachandra.

Gora oyó el chasquido del auricular al ser colgado por Jacob Mann, y permaneció unos segundos inmóvil, un poco pálida, absorta.

—¿Qué pasa? —Oyó la voz de Claude.

Se volvió, lentamente. Claude la mirada expectante, incluso algo irritado, o quizá desconfiado…

—Tenemos el tesoro casi en nuestras manos, Claude —musitó la bella muchacha hindú—… Pero exigen un determinado precio por adelantado.

—¿Qué precio?

—Tenemos que matar a la maharaní.

Claude quedó un instante pasmado; luego, soltó un bufido.

—Bueno, pues se la mata, y ya está —gruñó—… ¿Qué tiene eso de complicado?

—Bueno, no sé…

—Me parece que ese congénere tuyo te ha complicado el mecanismo cerebral —gruñó, de nuevo, Claude—… Todo iba bien hasta que él apareció… Me refiero a tu comportamiento. Pero de pronto, te acuestas con él, vacilas, parece que ni siquiera sabes lo que quieres. Pues bien: ¡yo sí lo sé! Sé que quiero ese tesoro. ¿Dónde está?

—No te sobrepases, Claude. Estás trabajando para mí, recuérdalo.

—Bueno, es cierto. —Claude sonrió, de pronto—… En un principio fue así: apareciste con dinero, nos contrataste, y nos convertimos en un grupo de tontos trabajando para una asiática. Pero ya no somos un grupito, solamente quedamos tú y yo, así que podemos considerarnos socios. ¿De acuerdo?

—Está bien. Ese tesoro, dividido en dos partes, todavía nos convertiría a ambos en las personas más ricas de la Tierra, o poco menos.

—Estupenda perspectiva —brillaron los ojos de Claude—… ¿Dónde está?

—En una granja abandonada, al norte de Berna, en el camino de Zollikofen a Kirchlindach. No tiene pérdida, Claude… ¿Puedo confiar en ti?

—Por supuesto —sonrió Claude.

—Bien… En realidad, el tesoro no está en la misma granja; quiero decir que no te sería fácil encontrarlo sin las indicaciones de Daman. Yo tengo que ir a recogerlo a él, un rato después de que hayas llevado a Hetmachandra a Diakos… Lo mejor será que vayas tú solo a llevar a la maharaní allá, y luego vuelves a recogerme,

para ir juntos a recoger a Daman a otro lugar… Y los tres iremos a esa granja. ¿Te parece bien?

—Naturalmente que sí. Todo entendido, no te preocupes.

Claude dejó sola a Gora, y se dirigió hacia donde la maharaní esperaba su destino. Claude era muy listo: por supuesto que no pensaba esperar a Gora ni al otro hindú. Llevaría a la maharaní al lugar exigido, porque eso alargaría un poco el asunto. Luego, iría él solo a aquella granja… Y cuando llegasen Gora y el otro, quizá él ya habría encontrado el tesoro del maharajá…

* * *

Los ardientes ojos del maharajá dejaron de contemplar a su esposa, que uno de los hombres de Diakos sostenía en pie, como si fuese una muñeca. Una trágica y ya no bella muñeca.

—Está bien —dijo en francés—… Sí, está bien, está muy bien… ¡Esto es lo que deseaba!

—Está bien —tragó saliva Diakos, que no había querido mirar el cadáver—… ¡Maldita sea, Staff, llévate ya eso de aquí!

—Podemos quemarla en el incinerador de la fábrica —musitó con indiferencia, Staff—… Tengo entendido que a los hindúes les gusta que quemen sus cadáveres.

—Hacedlo, sí, hacedlo. ¡Pero marchaos ya con ella!

La encendida mirada del maharajá se apartó, por fin, del cadáver de su esposa, y fue hacia Jacob Mann, que permanecía inmóvil.

—Quizá usted no lo entienda —dijo, en hindú—…, pero yo necesitaba esto. No hubiese podido razonar sabiendo que ella estaba viva, después de todo lo que he sabido… Ahora comprendo que en todo momento ha permanecido a mi lado esperando esto, el tesoro…, para proporcionarse una vida de placeres, de lujo, de disipación, de corrupción…, o quizá de poder. Y no. No. El tesoro es para mi país, para todos los míos, no para ella sola…

—Me parece bien…, siempre y cuando usted abandone ese camino de sangre, odios y venganzas —murmuró Mann, también en hindú.

—Creo que tiene razón… Pero no podía soportar la idea de que ella estuviese viva. Yo…

—¿De qué están hablando? —masculló Diakos impaciente.

—Le estoy preguntando por el lugar donde está el tesoro —replicó Mann, en francés.

—¿Y se lo ha dicho ya?

—Sí… Acaba de decírmelo.

—Entonces, ¡ya lo sabemos! —exclamó Antíoco Diakos.

—Sí. Está a unos doscientos kilómetros de aquí. Al norte de Berna. En el camino entre Zollikofen y Kirchlindach, en una granja abandonada.

—Habrá alguien allí…

—En efecto —cortó Jacob—. Dice que hay un hombre de toda su confianza… Me ha pedido que respetemos su vida, y yo se lo he prometido…, pero es obvio que una mentira más no importa. Esto, señor Diakos, es algo que le pido yo personalmente: maten a ese hombre, sea quien sea. No quiero enemigos de esa clase detrás de mí…

—Bueno…, sospecho que habría que hacerlo, de todos modos —dijo, satisfecho e impaciente Diakos—. Manos a la obra. Le felicito, Bhubanesjar: ha sido un trabajo perfecto. Ahora, mataremos al maharajá. ¡Ya no nos sirve de nada!

—No se precipite, Diakos.

—¿Qué quiere decir?

—Todo lo remota que usted quiera, cabe una posibilidad: que nos haya mentido. Sugiero, pues, un aplazamiento de la muerte de este hombre. Lo haremos ya con el tesoro en nuestras manos.

—Tiene razón —admitió Diakos.

—¿Y en cuanto a mí? ¿Cuándo tendré mi dinero?

—A su debido tiempo y en el lugar oportuno.

—Me permito rogarle que permanezca aquí, en espera de los acontecimientos. Con una advertencia: mis amigos saben dónde me encuentro y qué deben hacer si yo no regreso con un buen botín.

—No tengo inconveniente. Ahora, disculpe, voy a dar órdenes. Mandaré a Staff, Bodmer y Dolfuss, allá, con un turismo rápido. Esos cuatrocientos kilómetros de ida y vuelta deben ser cubiertos en el menor tiempo posible.

Instantes más tarde, Jacob Mann estaba a solas con el maharajá.

Sin tan siquiera mirarle, fue hacia un ángulo, donde había una mesita redonda, baja, con un cenicero. Con cuidado, Jacob se desprendió del turbante, y lo colocó desplegado sobre la mesita.

Entre los dobleces empezaron a aparecer diversos objetos. Lo primero que hizo Jacob fue tomar un finísimo estilete de acero, y colocárselo en la manga izquierda.

Luego, con tres piezas que acopló con rapidez, con mano experta, montó el pequeño emisor-receptor, con el que buscó contacto.

La respuesta fue inmediata:

—¿Es usted, Mann? —Oyó la voz de
S-2.

—Sí. Estén preparados en el apartadero, al norte de la estación, cerca de la industria rotulada Diakos. Un auto que pueda trasladar con comodidad y condiciones, al maharajá. Con ese auto, irán directamente a un lugar donde espere algún avión que permita un vuelo directo a Washington. El estado físico del maharajá inspira cuidados, y no quiero confiarme. Espero que mañana a mediodía esté en Washington. Sin intervenir, hasta que capten mi señal.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No.

Cortó el contacto, desacopló las piezas, y las fue colocando de nuevo entre los pliegues del turbante. Segundos más tarde, estaba haciendo algo más, manipulando con mucho cuidado con un diminuto sistema electrónico, dejándolo a punto, cuando…

—Muy interesante lo que hace, amigo.

Jacob, sin un respingo, con nervios de acero, volvió la cabeza. Allí estaba el tipo con automática, avanzando.

CAPÍTULO VIII

—No toque nada —dijo el hombre—. Y no se mueva, o le dejo seco.

Aquel tipo debió mirar el rostro de Jacob Mann, debió advertir la fría determinación del agente del SAG, que, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, le dejaba avanzar.

—¿Qué es todo esto? —inquirió el hombre, señalando el turbante desplegado.

—Tenía calor —dijo Jacob.

—Ya... Y todos estos cacharros son refrigeradores, ¿eh? Es gracioso: usted lleva el ventilador en la cabeza...

Veía a Jacob tan quieto... Y como él tenía la automática en la mano, todas las ventajas eran suyas. Calculó mal, por supuesto, cuando creyó que podía vigilar al falso hindú y, al mismo tiempo, interesarse por aquellas piezas metálicas...

Cuando vislumbró el centelleante movimiento de la diestra de Jacob Mann, ya era tarde para cualquier reacción. Fue un vivo dolor, como una larga brasa que tras rasgar su carne le penetraba en el órgano vital: el corazón, que quedó ensartado. El hombre, muerto al instante, se desplomó cuando Jacob, mientras le empujaba, recuperaba el estilete.

—¿Qué sucede, qué...? —Sonó la débil voz del maharajá.

—No se inquiete. Siga como está.

—Pero...

—El hecho de que se anticipen los acontecimientos no significa que las cosas vayan a empeorar; usted conserve su serenidad, que hasta ahora ha sido magnífica.

El maharajá no volvió a despegar los labios. Su cabeza, como la de un esqueleto, se movió un poco, y pudo ver a Mann arrastrando el cadáver, hasta dejarlo oculto detrás de un sillón. Luego, el agente

de la SAG fue hacia el turbante, manipuló con mayor rapidez, y se lo colocó, tanteando, buscando la posición correcta del bonito turbante azul turquesa. Jacob recuperó el estilete, que colocó, ya limpio, en la manga, y también tomó la automática del muerto. Una pregunta que le preocupaba no poco era el número de hombres que podía tener enfrente. Cuatro de ellos, estaban suprimidos: tres de viaje, y uno muerto… ¿Cuántos más quedaban allí?

Jacob se acercó al maharajá, y dijo:

—Ahora, le dejo a solas. Es imprescindible.

—No se preocupe. Espero que salga todo bien.

Jacob ya iba hacia la puerta. Muerto el vigilante, tenía mucho terreno libre para moverse. La única dificultad, y muy importante, además, estribaba en el posible hecho de que alguien descubriera el cadáver del vigilante antes de que él concluyera su trabajo. En tal caso, todo habría sido inútil, ya que pagaría el maharajá. Era un riesgo a correr.

Según sus cálculos, Diakos habría visto ya partir el turismo con sus tres hombres. Y regresaría con Scarrone. Tal vez ambos estuvieran en el despacho, y Jacob Mann, por haberlo recorrido una vez, a la inversa, cuando le condujeron a ver al maharajá, conocía el camino.

Donde las pisadas de los demás resonaban, las de Mann eran imperceptibles. Era como una sombra viva, con su deslizarse en silencio, con su avance por aquellas naves solitarias y vacías. Por lo que veía, Diakos había calculado construir una gran industria, y sus inversiones habían fracasado. Por determinados olores que Jacob había percibido al entrar en el recinto, daba la impresión de que Diakos se dedicaba, a la vista al menos, a fabricación de aceites lubricantes.

Iba a fracasar en ese negocio, y en todos.

Allí estaba el pasillo; el lugar calculado por Jacob.

De todo lo que llevaba en el turbante, elementos electrónicos de absoluta precisión, con transistores miniaturizados, Jacob ya tenía en la diestra dos objetos, desactivados en aquellos momentos. Tocó los bordes de las paredes de aquel pasillo, y ya uno de los objetos, por adherencia, quedó pegado en el borde, casi invisible, transparente la envoltura; había que prestar mucha atención para verlo.

A continuación, en la otra pared del pasillo de unos dos metros de ancho, y a la misma altura que el anterior, situó un segundo objeto de las mismas características. Para activarlos, Jacob tuvo que realizar una extraña serie de contorsiones, de movimientos cuidadosos…

* * *

En el amplio despacho de Antíoco Diakos se oyó la voz de éste:

—Es necesario esperar esas dos horas que calculamos que tardará Dolfuss en llamarnos… Tal vez dos y media. Luego, tomaremos las decisiones que más nos convengan, según los informes de Dolfuss sobre el tesoro, su peso, tamaño…

—¿Y Bhubanesjar? —inquirió Scarrone.

Diakos reflexionó unos instantes, y dijo:

—Admito que es una preocupación…

—Parece inteligente. Lo peor, a mi modo de ver, es que sabe muy bien lo que le conviene; no es hombre de indecisiones.

—No, en efecto. Yo diría, resumiendo, que es peligroso.

Scarrone se removió en el asiento.

—Creo que debería estar controlado de cerca. Iré a ver.

—De momento no hay cuidado. En el peor de los casos, debe querer todo el tesoro, y eso lo impediremos. Por otra parte, tampoco conviene deshacernos de él, sin más, ya que no sabemos quiénes y cuántos son sus amigos y, por contra, ellos saben mucho de nosotros.

Scarrone no parecía en absoluto tranquilo.

—Tengo la impresión de estar en sus manos, y eso no me gusta —rezongó—. Iré a hablar con él, a sonsacarle.

—Yo hablaré con Kostik, mientras. Tenemos la solución del problema en la mano, Scarrone. Nunca pensé poder realizar semejante operación… A veces, pienso que es algo de envergadura superior a nuestra fuerza. No obstante, con el dinero en nuestras manos aumentaremos nuestro poder.

Scarrone se puso en pie.

—Estaré cerca de Bhubanesjar —dijo.

Diakos no tenía nada que oponer, y el barbudo Scarrone salió del despacho.

Sus pisadas sí se oían. Por lo demás, caminaba totalmente

absorto en sus cosas, en sus problemas, que no eran pocos. Quizá por instinto pensaba que si bien rozaban la fortuna de los maharajás hindúes, no estaba todavía en su poder.

Estaba llegando al pasillo. No veía a nadie, no oía nada. Parecía existir normalidad total. Sus pasos se encaminaban hacia la salida del pasillo, sin sentirse observado. Iba a atravesar aquel espacio…

Lo hizo.

Es decir, dio el paso último, el definitivo. Al pisar en el umbral del pasillo, Scarrone, de pronto, se retorció, lanzó un ronco y ahogado grito, y quedó como detenido por una invisible muralla, convulso unos instantes, amoratado el rostro, mientras que se habían producido unos fuertes chispazos. Luego, quedó negro, carbonizado.

Muerto, quedó tendido en el suelo.

Las células fotoeléctricas habían actuado como estaba previsto. Aquélla era la barrera colocada por Jacob Mann. Y en el umbral de la barrera, la primera víctima. Desde su escondite, Jacob había visto el desenlace, y con el rostro impasible siguió su camino. Su oído captó movimiento, rumores… Eran pasos. Se ocultó detrás de una columna, en la nave más cercana al despacho de Diakos, y captó la presencia de éste unos segundos más tarde.

Entornados los párpados, Jacob Mann vio a Diakos enfrentado a un paño de pared, en apariencia desnudo, sin significado, sin nada que lo diferenciase del resto. No obstante, Diakos tocó algo, y parte de aquel panel dejó un hueco; un hueco no poco sorprendente, ya que había una cabina-ascensor a la vista, en la que Diakos se situó. Se cerró el panel, y eso fue todo.

Jacob se encaminó hacia aquel paño de pared, y su mirada, instantes más tarde, descubría el resorte. Tan sólo esperó un tiempo prudencial, antes de pulsarlo. Su impresión era la de que mediante la cabina-ascensor se descendía a un sótano, y había que dar margen a Diakos para que no notase nada extraño.

Aguardó tres minutos. Apretó entonces el disimulado resorte, y, en efecto, la cabina-ascensor apareció allí, en espera del nuevo viajero. Era automática, y Mann no tuvo que tocar nada. Fue en veloz descenso, que duró sólo segundos. Se abrió la puerta, y si bien Jacob parecía un poco sorprendido, lo estaba mucho más aquel hombre, que, evidentemente, tenía la misión de vigilar…, y ya tenía

la pistola en la mano.

—Acérquese —ordenó—. Y levante las manos. ¿Quién es y qué hace aquí?

Sin molestarse en despegar los labios, Jacob obedecía la orden de alzar las manos. Su diestra, con un movimiento normal, rozó el turbante… Décimas de segundos más tarde, tras la aparición de un vivísimo rayo de luz, que era la descarga del láser a través del rubí, el tipo caía muerto al suelo, atacado por el mortífero rayo, que parecía haberle partido el rostro.

Mann siguió su avance. Lo único que notó fue un poco de frío, que parecía intensificarse a medida que avanzaba hacia la nave principal del sótano.

Se detuvo al oír la voz:

—Y ahora, depende de usted, Kostik —decía Diakos.

—Ya le dije que yo aportaba toda la técnica para este asunto. El resto era cosa suya, señor Diakos. Por mi parte, ya especifiqué qué es lo que necesitamos: agua superdensa en cantidades apreciables, industriales. Luego, helio, para enfriar las masas de agua superdensas. Y material para depósitos, así como los aparatos de vuelo necesarios. Tengo los diseños preparados; por tanto, empezar es cuestión de contar con el dinero suficiente.

Diakos miraba todo aquello. En realidad, no había gran cosa aún, a excepción de aquel depósito de agua superdensa; un depósito como una piscina redonda, pero de paredes rústicas. Agua superdensa a temperatura ambiente, por lo cual no se diferenciaba en absoluto del agua normal. Había también unos depósitos metálicos, a un lado, donde se contenía el helio, en su forma de gas, y de ahí, sin duda, provenía el frío del ambiente.

—¿Ha confirmado sus teorías? —inquirió Diakos, haciendo un ademán que abarcaba todo aquello.

—En efecto. Salí de Rusia con el convencimiento de que sería un éxito mi plan… En forma vulgar, le explicaré que el agua superdensa, a cien grados centígrados bajo cero se transforma en una masa gelatinosa. Por debajo de esa temperatura, alrededor de ciento cincuenta o doscientos grados, la masa de agua superdensa se convierte en un vapor unido; un vapor que no se disocia, que no se desvaporiza, por así decirlo. A esa temperatura, pues, una masa de agua superdensa es una nube. Ni más ni menos que una nube.

Diakos parecía asimilar aquello, y asentía.

—Comprendo —dijo—. Una nube normal, en definitiva; no es más que vapor de agua.

—Exacto, señor Diakos. Pero nosotros podemos fabricar nubes muy peculiares; nubes que no se desvaporizan, y que, por lo tanto, no se convierten en agua, en lluvia… Esa nube nuestra, formada con agua superdensa, se mantiene a una temperatura estable gracias al helio que podremos mezclar con su masa… El helio, un gas frío, mantendrá la temperatura necesaria. Y así, podremos poblar el cielo, el espacio que nos interese, de falsas nubes, de nubes artificiales, que contendrán en sus entrañas un frío del orden de ciento cincuenta o doscientos grados centígrados.

Diakos se humedeció los labios.

—¿No se podrán detectar esas nubes? —inquirió.

—No. No, si hacemos las cosas bien. Porque esas nubes las podemos mantener en un plano que nos interese. Me explicaré… Las podemos dejar en la troposfera, que es nuestra atmósfera. O más arriba, en la estratosfera, como nubes de las denominadas madreperlas; nubes nacaradas. O incluso más altas, en las capas superiores de la estratosfera, formando nubes de las llamadas noctiluscentes.

—¿Y para guiar esas nubes?

—Recurrimos, simplemente, a las leyes de aceleración de masas.

—Es decir, podemos conducirlas hacia donde queramos.

—En efecto. Ya le he dicho más de una vez que todo es cuestión de disponer de medios técnicos. Agua superdensa abundante, helio para depositar en la masa de la nube, y aviones; todos ellos nodriza, todos con depósitos especiales, para albergar un mínimo de tres mil metros cúbicos de agua superdensa. Puede parecer poca agua, pero el vapor, aunque no se disocie, se expande, según leyes inalterables; al expandirse, la nube se agranda. Y tanto más grande será la nube, cuanto mayor cantidad de agua superdensa la forme.

—¿Y formar la nube?

—Es sencillo: se va soltando un doble chorro de agua superdensa con el helio. Así como las nubecillas en línea recta que dejan los reactores se disgregan, las nuestras, por el contrario, se unirán formando una masa única.

—Entiendo… ¿Qué clase de personal va a necesitar?

—Por supuesto, algunos ayudantes para mí; luego, pilotos. En general, personal apto… Serán instruidos adecuadamente, En cuanto a la aceleración de masas para guiar las nubes, el equipo necesario es muy complejo, y deberá viajar en avión, cerca de la nube.

—¿Y si nos descubren?

—Señor Diakos, es posible que nos vean, pero ¿qué pueden pensar de un simple avión que vuela cerca de una nube?

—Sí, es corriente. Iré a seguir la marcha de la operación que nos proporciona los medios suficientes, profesor.

Diakos echó un vistazo al depósito de agua, y a los depósitos metálicos de helio. Luego, giró.

No le gustó ver allí a Bhubanesjar, siempre impenetrable, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué hace aquí? —mascullό, secamente, Diakos.

—Curioseaba, señor Diakos… ¿Me presenta a ese hombre?

—No le interesa. Usted cobrará diez millones de dólares, eso es todo.

—Dicho así, parece una tontería que me complique la vida, ¿no es cierto? —sonrió Jacob Mann.

—En efecto. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Voy a hacerle yo una pregunta a usted: ¿para qué sirve todo esto?

—No le interesa.

—¿Para qué quieren esas nubes cuyas entrañas son de helio, de frío entre ciento cincuenta y doscientos grados bajo cero? Siento una gran curiosidad, Diakos. ¿Qué pretenden con esto? Deje de mirar la puerta, no espere ayuda. Se está quedando solo. En realidad, creo que ya estamos solos.

CAPÍTULO IX

El rostro de Diakos estaba cambiando de color. Su piel, en aquellos momentos, aparecía tan blanca como sus cabellos. En cuanto al profesor Kostik, el sabio judeo-ruso, estaba envarado, mirando a Diakos como esperando de éste que resolviera de inmediato aquel problema.

—¿Qué ha querido decir con eso? —musitó Diakos.

—Le expondré el resultado de mis cálculos. Arriba, hay dos cadáveres; uno de ellos, el de Scarrone. Otro, en el cuarto del maharajá. Otro muerto, el guarda de la cabina-ascensor: le partió un rayo… Otros tres hombres, corren a cien kilómetros por hora en busca de un tesoro que no existe…, en el lugar al que van a buscarlo, se entiende. Existe, pero no sé dónde; no se lo pregunté al maharajá. Estoy reduciendo mucho sus fuerzas, Diakos. Y si quedamos nosotros frente a frente, sus posibilidades son mínimas.

Diakos seguía mirándole con aquella rara intensidad, aún pálido.

—¿Quién es usted? —musitó.

—Digamos que un hombre ambicioso.

—Ya… Supongamos que le explico para qué queremos esas nubes en el cielo. ¿Qué hará usted?

—Pensar. Luego, decidir.

Un poco más sereno, Diakos reparaba en que Jacob no llevaba arma alguna en la mano. De todos modos, tácitamente, se sentía inferior a aquel hombre, se sentía sometido, vencido de antemano.

—Tal vez sea usted uno de los hombres que necesitaré, Bhubanesjar. Iremos a mi despacho, y allí…

—Aquí. Usted ya sabe: soy hombre de decisiones rápidas, Diakos. Si no me interesa su oferta…

—Le interesará, estoy seguro… ¿Oyó las explicaciones del

profesor Kostik?

—No me perdía una sílaba.

—Así pues, puedo prescindir de todo eso… Estamos ya con las nubes de agua superdensa cargadas de helio, en el cielo, a la altura que nos interesa, y cerca del punto fijado, del objetivo. Entonces, realizamos el ataque, con el acelerador de masas, haciendo descender la nube…

—¿Y hacia dónde desciende la nube? —inquirió Jacob.

—Digamos que… podemos hacer descender la nube hasta una ciudad…

Jacob le miraba con terrible fijeza.

—Pueden atacar cualquier objetivo —dijo, al fin—… Pueden realizar cualquier acto de sabotaje. ¿Cómo? ¿Cuáles son los efectos de esas nubes?

Diakos miró al profesor Kostik.

—Infórmele, profesor —dijo.

—Este hombre es un enemigo, señor Diakos. Lo sé, lo percibo…

—Podemos captarle para nuestra organización. Infórmele.

—Bien… Cualquiera lo entendería —rezongó el judeo-ruso—: Se trata de que la nube, con el helio a las temperaturas que hemos citado antes, puede congelar el lugar sobre el que se pose. He dicho CONGELAR. A ciento cincuenta o doscientos grados bajo cero, se hiela un puerto, se hiela y se pierde un sembrado, se inutilizan armas, se destruyen edificios…

Jacob miraba, entonces, a Kostik.

—¿Y usted está seguro de lograr eso? —inquirió.

—Sí. Ya he hecho pruebas al introducir helio en masas de agua superdensa a muy bajas temperaturas. Se conserva la masa, queda la nube, y ni el agua ni el helio pierden sus propiedades… Por lo tanto, la nube es un hecho. Sólo falta dejarla en el cielo, y acelerar su masa hacia donde convenga, y en el momento oportuno. Eso es lo más fácil, pero lo más costoso hablando en términos económicos.

—Entonces, Diakos —le miró Jacob—, usted, con ese poder, ¿qué pensaba hacer? ¿Cómo iba a utilizarlo?

—Hay muchas formas, Bhubanesjar… Infinidad de maneras.

—Rusia le paga un sabotaje contra Estados Unidos, o viceversa, pongamos —dijo Jacob.

—Sí, así es. Acepto si la oferta económica es buena, y realizo ese

sabotaje.

—Situémonos en caso de guerra, Diakos.

—Si yo me sitúo junto a un bando contendiente, sus ventajas saltan a la vista. Nada del enemigo estaría a salvo de las nubes congeladoras, destructoras por el frío.

—Es un arma muy importante, ¿se da cuenta?

—Sí.

—¿Considera estar capacitado para poseerla?

—Desde luego. Representaría, para mí, para mi organización, la fortuna más grande jamás soñada —dijo Diakos—. Cualquier potencia pagaría, gustosa, cualquier precio por estas nubes. Ingresaría millones y millones…

—Bien, lo siento: no me ha convencido. Voy a destruir todo esto, Diakos.

—¡No sea loco! —estalló Kostik—. No sabe lo que dice… Usted no entiende lo que…

—Lo entiendo, Kostik, lo entiendo. Échese a la piscina.

—¿Qué…?

—A la piscina.

—Espere, Bhubanesjar —intervino Diakos—. Aunque usted ahora nos prive del agua y del helio de que disponemos, todo seguirá…

—No me ha comprendido, Diakos —cortó Jacob—. Sé muy bien que el agua superdensa puede volver a fabricarse, del mismo modo que pueden obtener más helio, para enfriar. Pero lo que me permito dudar es que se pueda reproducir un profesor llamado Kostik y un loco ambicioso llamado Diakos. Eso, no se regenera, no se recupera. Yo corto siempre la cabeza, no la cola.

Kostik intentó huir; su única defensa era intentar correr y salir de allí, tratar de encontrar ayuda, apoyo… No obstante, sus movimientos eran torpes. No era más que un hombre sencillo de desarrollada cabeza, de gran frente. De ahí que tropezara. Jacob le hundió el puño izquierdo en el estómago, y lo sujetó luego, mientras angustiado, lívido, con la boca muy abierta, el hombrecillo se arrugaba por momentos.

Jacob le arrastró unas yardas, hacia el borde del depósito de agua superdensa. Bastó un empujón, y el cuerpo comenzó a hundirse muy lentamente…

Diakos, petrificado por unos instantes, trató de huir. Físicamente, su inferioridad era tan manifiesta que sólo le quedaba esa posibilidad. No obstante, se detuvo, con un súbito sudor en todo el cuerpo, cuando frente a él, cortándole el paso, apareció un haz de luz; una línea vivísima, cegadora, y el piso de aquel laboratorio quedó chamuscado, agrietado.

—A usted aún no quiero matarle, Diakos —sonó la voz de Jacob.

Sin resuello, Diakos miró a Jacob avanzando hacia él.

—No —gimió—. ¡No me toque!

—Iremos arriba, a su despacho —dijo Jacob—. Cuando inicio algo, jamás descuido los detalles finales. Camine, si no quiere ir a reunirse con Kostik, al que, como usted ha visto, he convertido en un héroe anónimo; no es el primer científico que entrega la vida a su invento, a su descubrimiento.

—¿Para quién trabaja usted? —jadeó éste.

—Para el SAG americano.

—No es posible…

—Ríndase a la evidencia, Diakos.

Le empujó. Le obligó a caminar por el pasillo. Ya estaba a la vista el tipo destruido por el láser que emitía el rubí que Jacob llevaba en el turbante. Diakos, amarillento el rostro, húmedo de sudor, sentía contracciones en el rostro. No… no podía ser cierto… Le costaba comprender que, por el momento, sus sueños se habían evaporado… Kostik muerto, por tanto carecía ya de Ciencia… Pero mentía en lo del tesoro, mentía…

Llegaron a la cabina-ascensor, fue introducido dentro por un empujón, y el pequeño elevador se puso en marcha.

—No puedo creerle, Bhubanesjar —jadeó Diakos—. Usted tiene amigos asesinos, lo de la maharaní fue horrible… Usted…

—Quizá le interese saber que el maharajá es un hombre interesante para el SAG, Diakos. Usted ha tenido mala suerte. De haber sido otro hombre quien dispusiera de tan interesante fortuna, el SAG no habría intervenido. No obstante, estando en tratos importantes con el maharajá, no podíamos pasar por alto su desaparición. Y ahí empezó el declive de lo que pudo ser su fabuloso negocio y una espeluznante guerra de hielo, de muerte por congelación. Todos los enemigos del maharajá han de morir. Le necesitamos. Entre.

Diakos, aturdido por aquella explicación, pasó al despacho.

—¿Qué va a hacer conmigo? —gimió.

—Haga un pequeño esfuerzo de imaginación. Pero aún le queda un poco de tiempo. Usted y yo vamos a esperar una llamada telefónica; ya le dije que cuido mucho los detalles…

* * *

En realidad no podía culpar a Gora, ya que le había dicho que el tesoro no estaba propiamente en la granja, pero Claude se sentía decepcionado y furioso; precisamente, contra sí mismo. Se había precipitado, se las había querido dar de listo dejando en la estacada a Gora y a Bhubanesjar, y ahora estaba pagando las consecuencias: no encontraba ni rastro del tesoro en aquella abandonada granja oscura y aislada…

¿Qué podía hacer? La respuesta era simple: esperar a Gora, y darle toda una serie de falsas explicaciones, para que todavía le admitiesen en el reparto. Claro que, cuando ya tuviesen a la vista el tesoro, sólo tendría que disparar un par de veces, y los hindúes se irían al diablo…

Apagó la linterna cuando oyó la llegada del coche. ¿O sólo se lo había parecido a él?

Quedó inmóvil, escuchando. Ahora no oía nada… Comprendió que Gora y el otro habían dejado el coche alejado, y terminaban de acercarse a pie. Seguramente, pronto verían el coche que había utilizado él, y sabrían que estaba dentro de la casa. Lo mejor era salir a su encuentro, en plan amistoso y simpático. A fin de cuentas, sólo eran un par de indios; podía engañarlos.

Sin embargo, antes de salir de la casa, Claude tuvo la idea de mirar por una de las ventanas… Y así, vio al hombre que se acercaba, inclinado, corriendo, buscando protección ocular, con la clara intención de no ser visto desde la casa. Y desde luego, aquel hombre no era Bhubanesjar…

Casi en seguida vio al otro, que se acercaba con las mismas precauciones, por otro lado… Y en la oscuridad que sólo disipaba tenuemente las estrellas, Claude vio el brillo, para él inconfundible, de una pistola.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Claude. ¿Le habían tendido una trampa a él? ¿Le habían engañado? En un instante, mil

pensamientos pasaron por su mente, pero todos se concretaron en uno solo: tenía que marcharse de allí, de aquella trampa.

Empuñó la pistola, y miró hacia donde había visto al primer hombre. No lo vio ahora. Ni al segundo… Esperó durante casi dos minutos antes de ver la sombra del primero, desplazándose, haciendo un gesto con un brazo… El otro también apareció. Claude sonrió duramente, y entreabrió un poco la ventana, sacó la mano armada, apuntó un instante, y disparó.

Plop, sonó el chasquido del disparo.

Unos veinte metros más allá, Bodmer lanzó un chillido de conejo, dio un salto propio de este animalito, y cayó de cabeza y de espaldas. Tras una extraña vuelta en el aire. Muy cerca de él, acercándose al haber visto su señal, Staff se detuvo en seco, y se volvió hacia la casa, alzando la pistola y apuntando hacia allí; su rostro destacaba como una mancha increíblemente blanca…, y ésa fue la diana que escogió Claude, desde la ventana.

Su segunda bala alcanzó a Staff en el ojo derecho. Cayó hacia atrás, como una escoba a la que un súbito viento hubiese agitado.

Luego, el silencio total.

Durante casi diez minutos, sin moverse de delante de la ventana, Claude estuvo esperando, mirando a los dos hombres, por si se movían. Pero no… Jamás volverían a moverse. Para asegurarse definitivamente de ello, apuntó cuidadosamente a la cabeza del primero, y disparó. Luego, hizo lo mismo con el otro. Y finalmente, ya convencido de que estaban muertos, se decidió a salir de la casa. No los había visto muy bien, y quería asegurarse de que ninguno de ellos era Bhubanesjar, o algún posible amigo suyo de raza hindú.

Cuando salió de la casa, Claude notó el ramalazo de viento frío, y se estremeció, pero no ya de miedo, ahora. Fuesen quienes fuesen, él había ganado la partida.

Mientras caminaba hacia los muertos, y pensaba esto, Claude vio, de pronto, el resplandor rojizo a su derecha, y simultáneamente notó el golpecito en su pecho, no supo exactamente dónde. Luego, sin comprender cómo ni por qué, se encontró tendido en el suelo… Y entonces, estupefacto, lo comprendió en seguida: aquellos dos hombres no habían llegado solos. Habían más… Por lo menos, uno, que…

Plop, sonó otro disparo cerca de él. Y también notó el impacto,

pero, en realidad, ya no le dolió. Su cuerpo apenas se movió, permaneció tendido boca arriba, abiertos los ojos, fijos en las estrellas.

Y entonces, con una nitidez increíble, apareció la figura de un hombre junto a él, proyectándose hacia el estrellado cielo. El hombre estaba guardando la pistola en la axila izquierda, y mascullaba algo… Claude pensó que quizá podría mover el brazo, y disparar contra aquel hombre.

—… ¡que te parió! —jadeó Dolfuss, guardando la pistola y mirando a Claude—. En cuanto a…

Las palabras de Dolfuss se convirtieron en un extraño grito de sobresalto y de incredulidad cuando vio que el hombre al que creía muerto y remuerto alzaba el brazo derecho, y de la mano brotó el fogonazo, el apagado chasquido… La bala le alcanzó por debajo de la barbilla, y penetró en su cerebro, destrozándolo. Cayó encima de Claude, cruzado de bruces sobre éste, que ni siquiera notó aquel peso sobre su cuerpo. Ya no notaba nada, no sentía nada… Sólo sabía, como un último destello de su malvada inteligencia, que había matado a otro enemigo…

—¡Je, je! —rió con tono apagado—… ¡Je, je, j…!

Pero ya, tampoco Claude podía darse cuenta de nada. Había perdido el único tesoro auténtico por el que vale la pena luchar: la vida. Ahora, ya no tenía nada. Su tiempo había terminado.

* * *

Jacob Mann echó un vistazo a su reloj, y movió la cabeza.

—Bien —murmuró—… Ignoro qué ha podido ocurrir, pero tengo una idea que supongo bastante aproximada. De un modo u otro, si sus hombres no han llamado ya, es que no llamarán, Diakos.

—¿Qué quiere decir? —musitó éste, que parecía abatido.

—Quiero decir que ya no vamos a esperar más, porque doy por cumplidos mis proyectos al hacer converger en aquella granja a personas no gratas en el mundo de personas pacíficas. Puede que haya quedado alguno con vida, pero ya no nos molestará. Y espero que haya aprendido la lección. Resumiendo, ya no tengo que temer la intervención de personajes secundarios. Puedo seguir adelante.

—¿Y ahora? —musitó Diakos.

—¿Tal vez el profesor Kostik tenía alguna fórmula escrita?

—Le guardo un legajo de papeles… ¡Ahí, en la caja fuerte!

—Démelos.

Diakos empezó a rodear el escritorio. Jacob permanecía en actitud de mantener los brazos cruzados sobre el pecho… De pronto, cuando parecía que iba a dirigirse hacia la caja fuerte, empotrada junto a la biblioteca, Diakos echó a correr. Su voz sonó, ronca, llena de angustia:

—¡Aquí, atención…! ¡Aquí…! ¡AAAH…!

Acabó con un grito breve, bruscamente cortado. La línea de luz mortífera del láser fue al encuentro de aquel hombre, y le acertó en la espalda… Quedó allí, con los bordes de la herida quemados, tirado en el suelo.

Jacob fue hacia la caja fuerte. No pensaba tomarse demasiadas molestias, por cierto. Frente a ella, la examinó unos instantes, y buscó la combinación. Cedía la puerta de la caja instantes más tarde, y mostraba su interior, con un contenido diverso, que el agente del SAG no consideró interesante examinar dado que Diakos no era agente espía al servicio de una potencia determinada, sino el primer brote de una organización que hubiera podido causar auténticas catástrofes.

Por lo tanto, lo que hizo Jacob fue tomar un papel, prenderle fuego, y luego echarlo al interior de la caja. Esperó un poco, hasta ver que la caja empotrada se convertía en un pequeño horno, con llamas rojizas.

Jacob Mann ya no tenía nada que hacer allí, así que decidió abandonar el despacho. Cuando llegó a la entrada del pasillo, se detuvo unos instantes.

No es que le sorprendiera el espectáculo. Sencillamente, observaba las dos nuevas piezas cobradas por el cepo implacable que suponían las células de la muerte. Dos piezas más, en efecto: otros dos tipos carbonizados, que estaban disminuidos de volumen, negros… Allí, junto al cadáver de Scarrone.

Al llegar a un metro de distancia de las células destructoras, se echó al suelo, y pasó por debajo del campo de las células, reptando, de modo que no se interpuso entre ambas. Hubiese podido anular su acción, pero, por el momento, no le interesaba.

Caminó hacia donde estaba el maharajá, y apareció ante aquel hombre, que parecía un tanto relajado, con una expresión más

tranquila en sus ojos. Sus pupilas se animaron notoriamente al ver a Jacob.

—Usted… ¿Lo ha conseguido? ¿Lo ha…?

—Creo que sí. Vamos a salir de aquí, maharajá.

—Se toma muchas molestias por mí…

Jacob le miró con cierta frialdad.

—Está equivocado, maharajá —dijo—. No es por usted, de modo personal. Estoy cumpliendo una misión, eso es todo.

—Parece que… no le gusto.

—Pero eso no modificará su actitud de colaboración con el SAG, supongo —dijo Jacob—, ya que mi postura es personal. Al SAG sí le gusta usted.

—No le comprendo a usted, en realidad. Para disculparle, le diré que dada mi extrema debilidad física, notaba… una derrota mental, también… Normalmente, soy hombre más ecuánime, más sereno…

—Celebro oírle hablar así.

—Lo dice de un modo raro… Como si no me creyera del todo. Supongo que se debe a mi actitud de querer abatir a ese grupo pro-chino, por la violencia, ¿no es así? Pues tengo que decirle algo. Sé cómo combatirles, sé que he de usar sus armas: la violencia, la revuelta, el desorden… Pero no le quepa duda de que sabré utilizar el cerebro en un momento dado. Usted mismo, ¿se ha dado cuenta de cómo lucha?

Jacob hizo un leve gesto.

—Tal vez no sea el mismo problema, maharajá. Pero creo que no procede seguir discutiendo al respecto. Usted, si acepta ser nuestro hombre fuerte en la India, deberá someterse a unas directrices, y entonces sí contará con nuestro apoyo total. Como le dije, el resto de sus condiciones están admitidas. Es decir, tiene nacionalidad estadounidense secreta, administrará los fondos por sí mismo, y contará con asesoramiento y protección.

—Magnífico…

—¿No pregunta adonde le conduzco?

—Confío en usted. ¿Qué se proponía ese Diakos?

Jacob pensó unos segundos, se encogió de hombros, y dijo:

—Cuestión de ambición, maharajá… Yo he… helado sus proyectos, simplemente.

—Ambición… Como Hetmachandra, y como mi hijo… Ella me

traicionó, y en cuanto a Kabir, confieso que ya lo había perdido. Kabir nunca me habría secundado con la mínima eficacia, para la lucha que preparo. De ahí que nunca le dijera la verdad… Es lamentable confesarlo, pero no confiaba en mi propio hijo…

—Ahora le rodeará gente en la que podrá confiar.

—Eso espero.

Jacob dio unos pasos, rodeando al maharajá de Armujan, observándole. Tenía los pies inutilizados, por el momento, y también las manos. Podía ser cierto que su debilidad física extrema había hecho flaquear su mente, si bien resultaba admirable aquella sobrehumana resistencia…

Jacob se cargó en un hombro al maharajá, e instantes más tarde, al recorrer, las naves y quedar en el pasillo, el maharajá veía aquellos restos carbonizados. Automática en mano, Jacob se detuvo a escasa distancia de la invisible barrera de muerte que había en la entrada del pasillo. Y apretó el gatillo por dos veces, con chasquidos silenciosos. Las balas destrozaron una de las células; se produjo, tras el impacto, como un chisporroteo desesperado, como una agonía. Luego, ya sin peligro alguno, Jacob cruzó.

Parecía que no existía resistencia alguna ya allí dentro. Todo estaba destruido.

Ya en el exterior, el agente del SAG se dispuso a esperar la llegada del enlace
S-2,
que debía estar esperando entre las vías muertas del apartadero. Casi en seguida, vio a dos hombres que se acercaban a él.

—Aquí estamos, Mann.

—Bien… ¿Tienen medios de locomoción?

—Desde luego.

—¿Preparado algún vuelo?

—También. Calculamos que dentro de una hora, como máximo, podemos tener al maharajá instalado en un avión. Me he permitido indicar que se le preste asistencia médica.

—Ha sido una medida inteligente,
S-2.

—Veo que, en verdad, he hecho bien —miraba al maharajá—. Mañana estará en Washington. ¡Ayúdame, Alain!

El colaborador de

S-2
se apresuró a obedecer. Entre ambos cargaban ya con el maharajá, e iban hacia donde estaba el auto, con otro hombre esperando dentro, frente al volante, sin luz alguna.

Unos minutos más tarde, el maharajá estaba acomodado y atendido.

—Buen viaje, maharajá —deseó Jacob, con tono neutro.

—¿Tendremos ocasión de volver a vernos?

—Nunca se sabe.

—Suerte, entonces.

Jacob cerró la portezuela. La despedida con
S-2
y sus colaboradores fue sencilla y rápida.

Jacob quedó solo. Por unos momentos, miró hacia Diakos. Allí, sólo quedaban restos. Ya no habría en el cielo nubes amenazadoras. Ya no habría frío, ni espanto, ni muerte por congelación…

Pero a Jacob Mann todavía le quedaba por resolver una parte de aquel asunto.

CAPÍTULO X

A partir del momento en que entrase en el hotelito donde había estado viviendo el maharajá, la vida de Jacob Mann iba a cambiar. Para bien o para mal, el cambio sería muy grande. Gora le estaba esperando allí, de acuerdo a lo convenido, para hacerse con el tesoro… Un tesoro que el maharajá seguía siendo el único en saber dónde se hallaba, y maldito si eso le importaba al agente del SAG.

Pero sí le importaba Gora, y no iba a engañarse a sí mismo en ese sentido. Sin embargo…, ¿realmente le importaba él a ella, a pesar de lo que le había entregado horas antes? ¿Había sido amor…, o cálculo? Jacob Mann estaba dispuesto enterarse de esto, costase lo que costase. Y así, había decidido decirle a Gora un lugar imaginario de aquella casa en el que se hallaba escondido aquel maldito tesoro hindú. Sólo que antes de decirle aquella mentira, haría las cosas de modo que ella fuese dueña de la situación, a fin de que, si realmente no le amaba, su postura fuese bien clara. Si no le amaba, dispararía contra él, querría matarlo y marcharse de allí…

Esto era muy peligroso, pero Daman Bhubanesjar estaba dispuesto a correr el riesgo en beneficio de la vida futura de Jacob Mann, para quien Gora significaba algo ya tan importante, tan decisivo en su vida…

Llegó ante la casa, detuvo el coche, y estuvo unos segundos mirándola. Su vacilación duró poco. Se apeó del coche y fue hacia allá con paso tranquilo. ¿Qué haría, si Gora pretendía matarlo? ¿Se dejaría matar o la fulminaría con el rayo láser de su rubí…, con lo cual fulminaría también algo que aparecía como muy hermoso en su vida?

La puerta de la casa se abrió antes de que Mann llegase, y la

silueta de Gora se recortó en el rectángulo de luz. Cuando llegó allá, ella le miró.

—¿Qué ha ocurrido? Has tardado tanto…

—Todo va bien —sonrió él, sintiéndose como de hielo, por dentro—. ¿Algo nuevo por aquí?

—No, no.

Daman Bhubanesjar entró en la casa, y ella cerró la puerta. Él la abrazó, y la besó en los labios, con fuerza, apasionadamente…, pero en seguida se dio cuenta de que también los labios de Gora parecían de hielo.

—¿Qué te ocur…? —empezó a decir.

Ella estaba mirando hacia detrás de él, y Jacob Mann se volvió.

Entonces, vio a los chinos. Tres chinos, que, en la puerta del saloncito, le contemplaban inexpresivamente. Eran en verdad tan inexpresivos como las pistolas que empuñaban, apuntándole. Demudado el rostro, pero sin alterarse demasiado, Mann se volvió a mirar de nuevo a Gora.

—Te felicito —murmuró.

—Venga aquí, Bhubanesjar —dijo uno de los chinos, en perfecto francés—. Tenemos que hablar. Aunque la conversación va a ser breve y concreta: ¿en qué parte de la casa está el tesoro del maharajá? Lo hemos estado buscando, pero sin resultado. Lo cual es lógico… Debe ser un buen escondite.

Mann no contestó. Entró en el saloncito, y se volvió. Los tres chinos estaban detrás de él, siempre apuntándole. En el umbral, Gora, no menos demudado su rostro que el de él, lo miraba fijamente, con ojos brillantes. Tan brillantes que, de pronto, para auténtico pasmo, Jacob Mann comprendió que las lágrimas estaban a punto de brotar de los ojos de la muchacha hindú… Uno de los chinos captó la mirada de él, se volvió a mirar a Gora, y miró de nuevo a Mann, sonriendo mordazmente.

—No deben sorprenderle las lágrimas de Gora, señor Bhubanesjar. Es cierto que ella está llorando por usted. Parece ser que le ama.

—Perdonen si no río su broma, pero es que tengo los dientes feos, y no me gusta que se vean —replicó Jacob Mann.

—¡Ah…! Parece que tiene usted sentido del humor. Admirable. Bien, nosotros no estamos dispuestos a invertir mucho tiempo en el

final de esta operación. Ya ha durado demasiado, y ha costado demasiado dinero. ¡No puede usted imaginarse el tiempo que llevamos detrás de ese tesoro!

—Podían haber consultado con el SAG americano —sugirió Mann—. Quizá les habríamos pasado esa información.

—Realmente es usted simpático, Bhu… ¿El SAG americano? ¿Qué tiene usted que ver con ese organismo?

—Soy uno de sus agentes. ¿Quieren llevarse una pequeña… y divertida sorpresa?

—Si es divertida… Pero, para evitarnos las que no lo son, antes que nada saque usted su pistola con todo cuidado y déjela…

—No llevo pistola. La he dejado en el coche.

Los chinos fruncieron el ceño. De pronto, uno de ellos se adelantó, y lo registró rápida y hábilmente. Se desconcertó al no encontrar ningún arma sobre el falso hindú, y miró a los otros dos haciendo un gesto negativo.

—Sorprendente —dijo el portavoz del trío—. Bien, ¿cuál es la sorpresa divertida?

Daman Bhubanesjar se quitó el turbante, que dejó sobre el brazo de un sillón. Luego, se quitó las lentillas de contacto oscuras, dejando al descubierto sus claras pupilas, que arrancaron una exclamación de Gora. Finalmente, se frotó fuertemente la cara con un pañuelo, comenzando a retirar, aunque escasamente, el tinte que oscurecía su piel…

—Americano —susurró uno de los chinos—. ¡Usted es americano!

—Evidentemente. Como ven, todos nos hemos estado engañando unos a otros, por estos lugares. ¿Qué te ocurre, querida Gora? ¿No te gusto, ahora, con los ojos grises, mi piel más clara…? Vamos, vamos, no seas racista. Ya ves, yo no lo soy: estaba dispuesto a compartir mi vida con una muchacha de tez oscura y grandes ojos negros.

—No es verdad —murmuró ella—. ¡Tú también me has estado mintiendo a mí!

—En este aspecto tan personal, no. Pero no vale la pena discutir la jugada, que, por tu parte, está bien clara: trabajas para los chinos, me has mentido, yo he caído como un tonto en tus mentiras, y… punto final.

—Tú no sabes la verdad… ¡No sabes nada de nada!

—Te aseguro que, cuando menos, sé contar hasta diez, y que la Tierra es redonda, y que…

—Lo que Gora está tratando de decirle —sonrió uno de los chinos— es que ella le ha mentido a usted, y a todos, obligada por las circunstancias. Es cierto que en todo momento ha estado trabajando para nosotros, pero bajo presión.

—¿Qué presión? ¿A qué se refieren ustedes?

—Gora fue seleccionada por nosotros para este trabajo, porque es hindú, y lógicamente, habla este idioma. Comprenderá que, sumando esos dos puntos, las probabilidades de que consiguiese éxito eran más que aceptables. Gora pretendió negarse, pero la convencimos de que no debía hacerlo.

—No comprendo…

—Ella estaba viviendo en Grecia, con su madre y tres hermanos menores que ella. Un mal día, al regresar a su casa, única herencia que les había dejado su padre, Gora la encontró vacía. Es decir, en lugar de encontrar a su madre y sus hermanos, encontró a este humilde servidor. La muchacha estaba trabajando como intérprete en un hotel de lujo donde su padre, antes de fallecer, había estado realizando el mismo trabajo… Aquí donde la ve, Gora es una muchacha muy culta.

—Ustedes la amenazaron con matar a su madre y sus hermanos si ella no aceptaba trabajar para ustedes. Y como los tenían en su poder, Gora comprendió que hablaban en serio, y que tenía que adaptarse a todas las circunstancias de su nuevo trabajo si no quería quedarse sola en el mundo. O ni siquiera sola, pues la habrían matado. ¿Es eso?

—¿Para qué hablar más? —sonrió el chino—. No podría explicarlo mejor que usted, Bhubanesjar… ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Jacob Mann. Está bien, ustedes tienen todos los triunfos… Vamos a hacer un trato, por lo tanto: ustedes dejan libres a los hermanos y a la madre de Gora, y yo les diré dónde está el tesoro del maharajá…

—Señor Mann, usted debe ser uno de los peores agentes del SAG. No parece muy inteligente, francamente. ¿Cree que todo este tiempo hemos estado molestándonos en mantener unos molestos

prisioneros?

—¡Los han matado! —Palideció Jacob—. ¡Los mataron en seguida a los cuatro, han estado engañando a Gora todo el tiempo, los asesinaron…!

—¡No! —gritó Gora—. ¡No, no, no…! ¡No es cierto!

—Bueno —movió la cabeza otro de los chinos—, me parece que estamos perdiendo mucho tiempo aquí. Dejémonos de conversación y vamos a por ese tesoro, señor… Mann.

—No es cierto —gemía Gora, con las manos ocultando el rostro.

Jacob la miró, se pasó la lengua por los labios, y volvió a mirar a los chinos.

—Vamos a hacer un trato. Miren —señaló su turbante sobre el brazo del sillón—, ese rubí vale una fortuna. Yo podría obsequiárselo a ustedes a cambio de mi vida. Sería sólo un pequeño anticipo de lo que… ¿Por qué me miran así?

—Usted debe estar bromeando…, o quizá pretende tomarnos el pelo, señor Mann. ¿Cómo puede pretender que aceptemos un simple rubí a cambio de un tesoro que vale millones y millones de…?

—No es un rubí corriente —movió la cabeza Jacob, tomando el turbante—. Ocurre con él que…

—¡Os mataré! —gritó de pronto Gora, a la que todos habían olvidado en sus sollozos—. ¡Os mataré, asesinos…!

—¡Cuidado…! —gritó uno de los chinos.

Al mismo tiempo, se volvía hacia Gora, que saltaba contra ellos como una pantera furiosa, y apuntándola apresuradamente, apretaba el gatillo. Plop, sonó el disparo al mismo que el aullido de Gora, y, casi en seguida, su alarido de dolor al recibir el balazo…

Todo sucedió tan rápidamente que el único que pudo comprenderlo fue Jacob Mann, por la sencilla razón de que fue el único que quedó en condiciones para ello. Mientras Gora caía, Jacob disparaba ya el rayo láser hacia el mismo chino que había disparado contra Gora, y, sin preocuparse ya por él ni por su chamuscada cabeza, se orientaba hacia el otro y disparaba de nuevo. La rectilínea raya anaranjada penetró en un ojo de otro de los chinos, que lanzó un alarido inhumano, y cayó de espaldas.

El tercer chino pudo disparar, pero realmente sin saber exactamente hacia dónde; tan aterrado estaba ante lo sucedido a sus dos compañeros… La bala, sin embargo, acertó a Jacob Mann en un

costado, arrancándole un grito de dolor, y un estremecimiento tan fuerte que el rubí fantástico escapó de su mano y rodó por el suelo. El chino lanzó una exclamación de triunfo, y adelantó más la mano armada hacia Jacob, dispuesto a controlarlo…, mientras un pie del americano iba ya al encuentro de su cuerpo…

Y a una parte ciertamente dolorosa. El chino apenas pudo gemir cuando la punta del pie de Mann se hundió entre sus ingles, con una precisión espantosa. Como un bicho escaldado, el chino saltó, cayó de rodillas, se dio de cara contra el suelo, la alzó vivamente, y, por entre sus lágrimas de insufrible dolor, vio moverse al americano. En realidad, sólo veía una sombra inclinándose, algo que brillaba, un fogonazo… El impacto de la bala en el centro de la frente lo tiró de nuevo al suelo. Ya nunca jamás le dolería nada.

Jacob tiró la pistola a un lado, y corrió a donde yacía Gora, de bruces. Le dio la vuelta cuidadosamente, y miró con expresión desencajada las manos de la muchacha, crispadas en el boquete, manchadas de sangre.

—Gora… Gora…

—Daman, perdóname… Tenía que hacerlo por ellos… Te amaba tanto que pensé…, pensé no mentirte, pero temía… Perdóname…

—Hiciste la elección adecuada, Gora —dijo con voz ronca Mann —. Ni siquiera podías saber si yo era sincero contigo. Yo habría hecho lo mismo.

—Gracias… por tu comprensión… Te amo… Aunque no seas hindú, te… te amo… Tienes… los ojos muy… bonitos, tan… tan claros…

Jacob Mann tragó saliva.

—Tus ojos también son muy bonitos, tan oscuros —intentó sonreír.

—Fue… tan hermoso lo nuestro… Solamente… media hora en mi vida ha… ha valido… la pena… Ojalá pudiese tener… muchas medias horas… como esa que fue… tan hermosa…

—Las tendrás. No hables más. Conseguiré un médico, inmediatamente…

Una de las bellas y delicadas manos de Gora subió, acarició una mejilla de Jacob Mann…, y luego, el brazo cayó inerte, golpeando aquella mano el duro y frío suelo en el que estaba arrodillado Jacob Mann, agente del SAG.

Este es el final

Jacob Mann abrió la puerta de la cabaña que había alquilado junto a la playa, y se quedó primero boquiabierto, y luego evidentemente mosqueado.

—¡Maldita sea! —farfulló—. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves —dijo Gora, entrando y depositando en el suelo una pequeña maleta—. He venido a visitarte.

—Pero… he estado a verte esta misma tarde al hospital de Niza, y me han dicho que aún tardarías algunos días en poder abandonarlo…

—Eran instrucciones mías —musitó ella—. No quería que fueses tú quien me sacase de allí, como a una inválida, o poco menos.

—Pe-pero… Bueno, ¿de verdad estás bien?

—Completamente. Hubiese podido venirme contigo antes, pero preferí venir sola aquí… ¡Qué sitio tan agradable, Jacob!

—Sí… Bueno… Sí, no está mal. Hay una hermosa playa, la luna brilla en el cielo y en el mar el clima es agradable tengo champaña en el frigorífico, algunas salchichas, un poco de queso… ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy desnudando. Y no porque haga calor. Al menos no tanto.

—Entonces… ¿por qué lo haces?

—Quiero que veas la herida que me hizo aquel chino en el vientre. Es decir, quiero que veas cómo ha quedado.

—Pero…, ¿para qué?

—Pienso que es mejor que eso suceda cuanto antes. No quisiera que, más adelante, me dijeses que mi vientre te parecía feo. Si lo

has de decir, que sea cuanto antes. Aunque me han asegurado que han hecho un trabajo maravilloso conmigo. Debe haberte costado mucho dinero… Bien, ¿qué te parece?

—No veo ninguna herida —aseguró Mann.

—Pero si está aquí, tonto. Dame la mano… ¿La notas ahora?

—Pues no… No.

—¿No notas nada?

—Tanto como nada —jadeó el agente del SAG—. ¡Maldita sea mi estampa!, ¿qué te propones?

—Estoy intentando hacerme perdonar… todo lo que…

—Gora, tenemos que olvidar eso… De no haber intervenido nosotros, podían haber aparecido en el cielo nubarrones de muerte para todo el mundo… Blancos y fríos nubarrones de muerte. Pero tenemos que olvidarlo todo, te estoy hablando por experiencia. Por cosas dolorosas que hayan sucedido, todo debe quedar atrás, no en el recuerdo siquiera, sino en el olvido… Te estoy hablando por experiencia. Dejemos que todo se esfume, desaparezca definitivamente…, como si todo hubiesen sido… simples nubes de verano.

—Estoy segura de que tienes razón —susurró ella—. De acuerdo, Jacob, todo fueron… nubes de verano.

—Así me gusta. ¿Cuándo quieres el champaña? ¿Antes o después?

—Antes o después…, ¿de qué? —susurró ella.

—De la primera de las muchísimas medias horas nuestras que tenemos por delante. ¿Champaña o amor? Tú elijes.

—Vamos a hacerlo por riguroso orden de preferencias —sonrió dulcemente Gora—. ¡Y no se te ocurra preguntarme cuál es ese orden de preferencias!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…